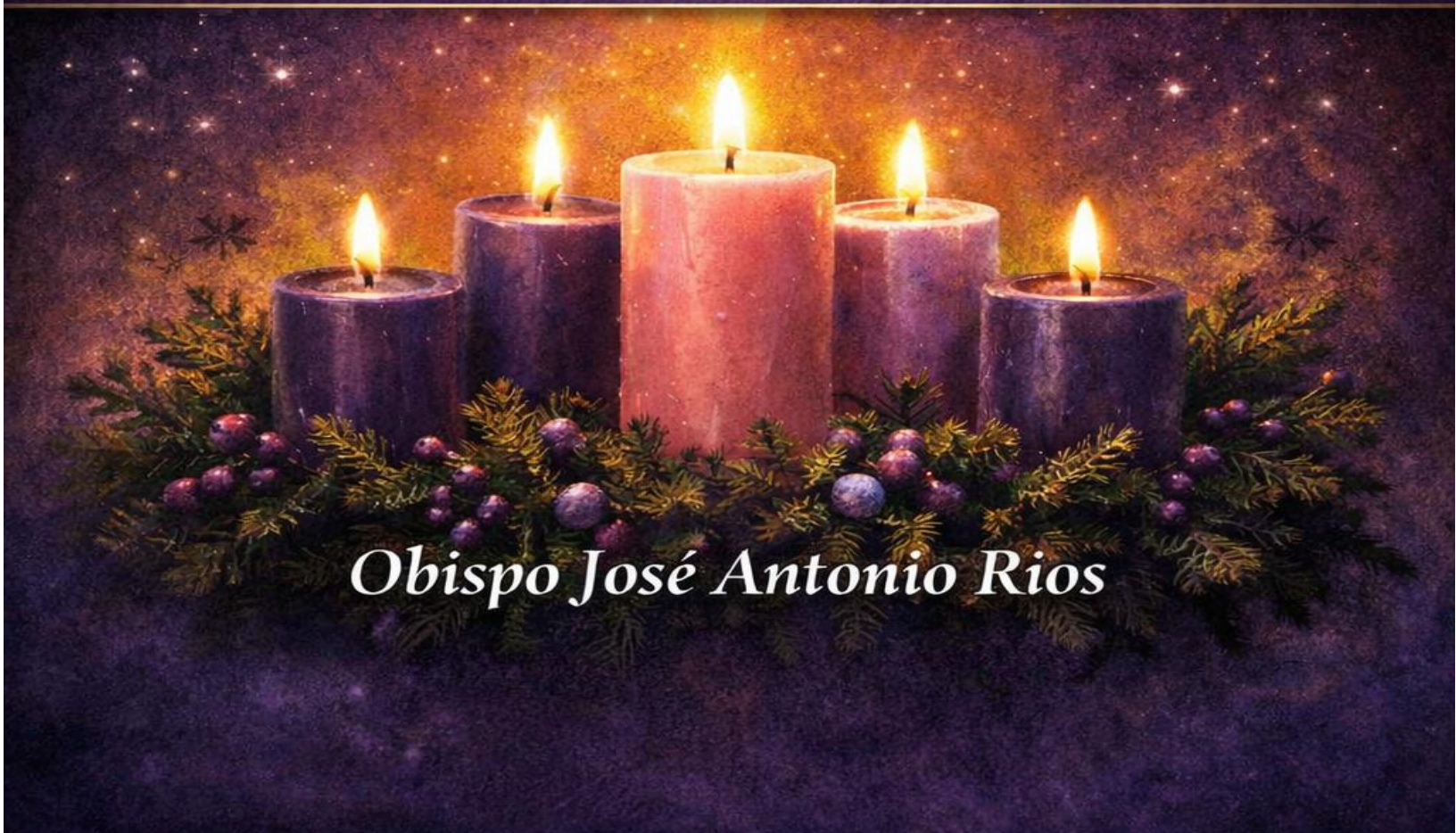




Despierta, porque el Día se Acerca

Meditaciones de Adviento



Obispo José Antonio Ríos

DESPIERTA, PORQUE EL DÍA SE ACERCA: MEDITACIONES DE ADVIENTO

POR EL OBISPO JOSÉ ANTONIO RIOS



**IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA
CARTAGENA,
19 DE DICIEMBRE DE 2025
SEGUNDA EDICIÓN 12 DE FEBRERO DE 2026**

CONTENIDO:

	Pág.
BENDITO TIEMPO DE ADVIENTO	7
DEVOCIÓN – PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO REVESTIDOS DE LA LUZ QUE VIENE	12
HE AQUÍ, TU REY VIENE A TI SERMÓN PARA LA PRIMERA DOMÍNICA DE ADVIENTO	15
DEVOCIÓN – SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO LA PALABRA QUE SOSTIENE NUESTRA ESPERANZA	26
CUANDO ESTAS COSAS COMIENCEN A SUCEDER, ERGUÍOS SERMÓN PARA LA SEGUNDA DOMÍNICA DE ADVIENTO	30
DEVOCIÓN – TERCER DOMINGO DE ADVIENTO PREPARADOS PARA EL SEÑOR QUE VIENE	47
¿ERES TÚ EL QUE HABÍA DE VENIR? SERMÓN PARA LA TERCERA DOMÍNICA DE ADVIENTO	50
DEVOCIÓN – CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO EL SEÑOR ESTÁ CERCA	62
UNA VOZ QUE PREPARA EL CAMINO DEL SEÑOR SERMÓN PARA LA CUARTA DOMÍNICA DE ADVIENTO	67
PREPARANDO NUESTROS CORAZONES EN ADVIENTO PARA CELEBRAR LA ENCARNACIÓN DEL UNIGÉNITO HIJO DE DIOS	81



"Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna" (Zacarías 9:9).

"Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mateo 11:29).

Estación de Adviento



BENDITO TIEMPO DE ADVIENTO

"Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora nos está más cerca nuestra salud que cuando creímos. La noche ha pasado, y ha llegado el día: echemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de luz" (Romanos 13:11-12)

*"No te pido que adornes la casa, sino el alma; no que prepares vestidos espléndidos, sino que limpies tu conciencia. Cristo no necesita vasos de oro, sino almas de oro" (San Juan Crisóstomo, "Homilía sobre la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo", (*In diem natalem Domini*)); **Patrologia Graeca**, vol. 49, col. 351).*

El **Tiempo de Adviento** introduce a la Iglesia en el misterio santo de la espera. Su nombre, tomado del latín *Adventus*, proclama que la fe cristiana comienza no con la iniciativa del hombre, sino con la venida de Dios hacia nosotros. En este tiempo recordamos que el Hijo eterno del Padre vino en humildad para nuestra redención y que vendrá nuevamente en gloria para consumir su Reino. Así, el Adviento nos sitúa espiritualmente entre la promesa cumplida y la promesa aún esperada, enseñándonos a vivir con esperanza vigilante y confianza reverente en la fidelidad de Dios. Por ello, Adviento no es solo memoria, sino **espera activa y esperanza escatológica** mientras, "aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo" (Tito 2:13)

El color **morado**, que reviste este tiempo, habla silenciosamente al corazón del creyente. Es un color de recogimiento y sobriedad, que llama al arrepentimiento sincero y a la preparación interior, pero también evoca la realeza de Cristo, el Rey que se acerca no con pompa terrenal, sino con mansedumbre y gracia. No es un luto sin esperanza, sino una penitencia iluminada por la certeza de que el Señor está cerca. La Iglesia, al revestirse de este color, invita a sus hijos a examinar el corazón y a disponerse con humildad para recibir al Salvador. En muchas tradiciones se permite el uso de **rosa** en el tercer domingo (*Gaudete*), subrayando que el arrepentimiento cristiano siempre está atravesado por el gozo.

El **origen litúrgico del Adviento**, desarrollado en la Iglesia antigua y conservado con sabiduría en la tradición occidental, revela su profundo carácter pedagógico y espiritual. Desde sus primeras expresiones, este tiempo fue entendido como una preparación seria y reverente para la celebración de la Encarnación. En la tradición anglicana, especialmente a través del Libro de Oración Común, el Adviento es purificado de excesos externos y centrado en la Palabra de Dios, en la oración y en la confesión humilde de nuestra dependencia absoluta de la gracia divina. El Adviento se desarrolló progresivamente entre los siglos **IV y VI** en **Galia e Hispania**. En la primera existía un período de preparación para la Navidad con ayuno y penitencia, similar a una "Cuaresma de Navidad". En **Roma** el Adviento tomó una forma más sobria y teológica, centrada en: la espera del Mesías, la

proclamación profética y la esperanza escatológica y es precisamente esta forma romana la que influye decisivamente en la tradición occidental y, posteriormente, en la **tradición anglicana**.

Por ello, el Adviento abre el **año cristiano**, porque la vida de la Iglesia comienza con una espera confiada y no con un logro humano. Al iniciar el año litúrgico en Adviento, la Iglesia confiesa que toda su existencia está orientada hacia Cristo, aquel que vino, que viene continuamente por su Espíritu y que vendrá otra vez en gloria. Así, desde el primer día del año cristiano, somos llamados a caminar en fe, arrepentimiento y esperanza, aguardando al Señor que es el Alfa y la Omega, el principio y el fin de toda la historia. Adviento proclama que la salvación no comienza con el hombre buscando a Dios, sino con **Dios viniendo al hombre** (Juan 1:14).

Sentido del Adviento en la tradición anglicana.

Frase de reflexión para el tiempo de adviento: *"Considera, oh hombre, la dignidad de aquel que viene a ti. No viene con ejércitos ni con esplendor terrenal, sino con mansedumbre y gracia, para sanar tu alma. Prepárate, pues, no con adornos exteriores, sino con un corazón purificado, porque el Rey del cielo se digna habitar en ti".* Esta frase sitúa la reflexión de Adviento en su clave más profunda, **la contemplación humilde del misterio de un Rey cuya grandeza se manifiesta precisamente en su abajamiento**. No se trata de un soberano que irrumpe con poder visible ni con signos de dominación, sino del Señor que viene envuelto en mansedumbre para sanar, restaurar y habitar el corazón humano. Nuestra frase exhorta al creyente a reconocer la dignidad de aquel que se acerca —dignidad que no aplasta, sino que eleva— y, en consecuencia, a disponerse adecuadamente para su venida. Esa preparación no consiste en ornamentos exteriores ni en actos superficiales de piedad, sino en la purificación interior, en la conversión del corazón y en la apertura confiada a la gracia. Así entendido, el Adviento se revela como un tiempo de transformación silenciosa, en el que el Rey del cielo no solo viene a nosotros, sino que desea hacer de nuestra vida su morada.

El **Tiempo de Adviento** es un período santo de **espera, preparación y esperanza sobria**, en el cual la Iglesia contempla **las dos venidas de Cristo**:

- Su **primera venida en humildad**, en la encarnación.
- Su **segunda venida en gloria**, como Juez y Rey.

Según la espiritualidad que articula y custodia el **Libro de Oración Común**, el Adviento no se reduce a un simple preludio festivo ni a una anticipación sentimental de la Navidad, sino que se configura como un tiempo marcado por el arrepentimiento reverente, la vigilancia espiritual y una confianza renovada en la gracia soberana de Dios que irrumpe en la historia. La Iglesia es llamada a velar, no con temor estéril, sino con una esperanza sobria y expectante, consciente de su fragilidad y, al mismo

tiempo, sostenida por la promesa divina. Las colectas, las lecturas apostólicas y los evangelios trazan un itinerario pedagógico cuidadosamente ordenado, que conduce a la asamblea desde la expectación escatológica del Cristo que vendrá en gloria hasta la cercanía humilde del misterio de la Encarnación. De este modo, el Adviento educa el corazón del creyente para recibir al Señor no solo como el Niño que nace, sino como el Juez misericordioso y el Salvador fiel, cuya venida reclama conversión, perseverancia y una fe anclada en la fidelidad de Dios que cumple sus promesas.

Primer Domingo de Adviento: La esperanza vigilante

Colecta: Suplica para que desechemos las obras de las tinieblas y nos vistamos con las armas de la luz.

Epístola: Romanos 13:8–14

Evangelio: Mateo 21:1–13

El Adviento comienza con una llamada clara: **despertar del letargo espiritual**. La Iglesia dirige nuestra mirada hacia la venida del Rey humilde, pero también hacia el llamado urgente a vivir como hijos de la luz. No hay preparación verdadera sin arrepentimiento ni vigilancia. Este domingo establece el tono del Adviento: **esperar activamente**, viviendo en creciente santidad mientras aguardamos al Señor que viene.

Segundo Domingo de Adviento: La autoridad de la Palabra que nos prepara

Colecta: Oración para que podamos oír, leer, marcar, aprender y digerir interiormente las Santas Escrituras.

Epístola: Romanos 15:4–13

Evangelio: Lucas 21:25–33

Aquí la Iglesia afirma que la preparación para la venida de Cristo se realiza **por medio de la Palabra de Dios**. La Escritura no solo informa, sino que forma y sostiene la esperanza. En medio de señales, tribulaciones y temores, Cristo asegura que **su Palabra no pasará**. Adviento nos enseña a esperar no con especulación, sino con **confianza obediente** en la promesa revelada.

Tercer Domingo de Adviento: El testimonio y el gozo sobrio

Colecta: Petición para que los ministros de Cristo preparen el camino del Señor sin importar las pruebas y dificultades que deban sortear en su llamado.

Epístola: 1 Corintios 4:1–5

Evangelio: Mateo 11:2–10

Este domingo introduce una nota de **fe y esperanza**, reconociendo la debilidad humana y exaltando la fidelidad divina. Juan el Bautista aparece como figura central, él duda, pero cree, espera y confía. El Adviento cristiano del tercer domingo nos enseña aquí que nuestro carácter como discípulos se fortalece cuando **a pesar de nuestras vacilaciones y dudas reconocemos a Cristo y las señales de su reino**. La Iglesia es llamada a dar testimonio fiel mientras espera el día en que todo será revelado recordando que durante su tránsito en este mundo Jesús se compadece de nuestras debilidades y aflicciones respondiendo a nuestras dudas y necesidades más profundas cuando acudimos a Él.

Cuarto Domingo de Adviento: La cercanía redentora del Señor

Colecta: Clamor por el socorro divino ante nuestra debilidad y pecado.

Epístola: Filipenses 4:4–7

Evangelio: Juan 1:19–28

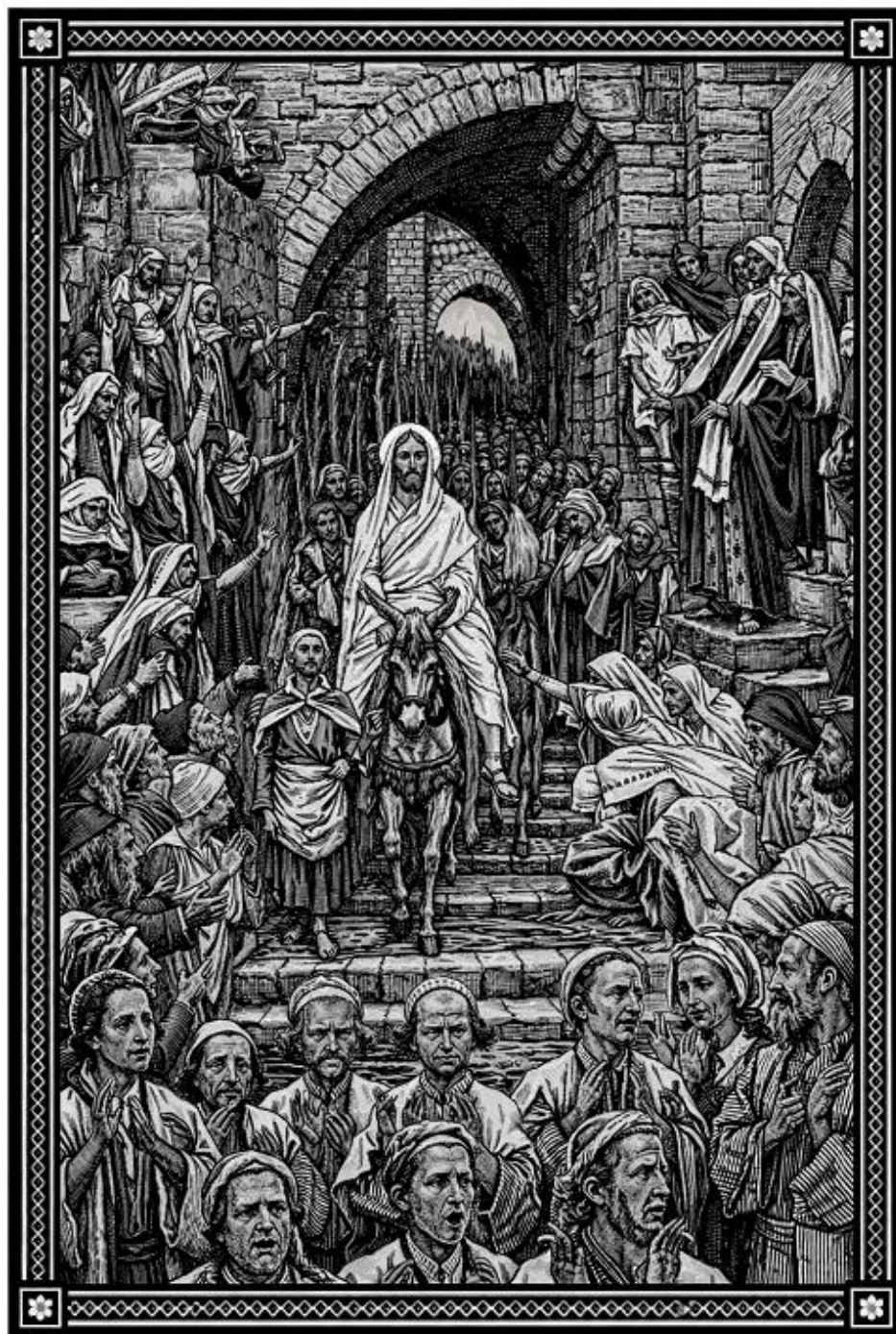
En este último domingo, la espera se intensifica y se vuelve íntima. La Iglesia confiesa su impotencia y clama por la gracia abundante de Dios. Al mismo tiempo, se proclama con gozo sereno: **"El Señor está cerca"**. Juan el Bautista señala al que ya está en medio del pueblo, aunque aún no es reconocido. Adviento culmina recordándonos que la venida de Cristo es **pura gracia**, no logro humano.

Finalmente, el Tiempo de Adviento, tal como lo articula la tradición anglicana, se presenta como una auténtica escuela espiritual en la que la Iglesia es formada en la espera cristiana, **una espera marcada por la fe vigilante, el arrepentimiento sincero, la esperanza firme y un gozo sobrio y reverente**. A través de las colectas, las lecturas apostólicas y la proclamación evangélica del Libro de Oración Común, el pueblo de Dios aprende a orar con las palabras de la Iglesia, a escuchar con atención renovada la promesa divina y a disponerse interiormente para la venida del Señor. Adviento no conduce simplemente a la celebración del nacimiento de Cristo en Belén, sino a una transformación más profunda, **nos educa para vivir como un pueblo escatológicamente orientado, consciente de que el Señor que vino en humildad viene ahora por su Espíritu y vendrá en gloria para consumir su Reino**. Así, este tiempo santo nos llama a ordenar nuestra vida conforme a esa esperanza, para que, cuando el Rey se manifieste, nos halle despiertos, fieles y preparados para encontrarnos con Él.

Ven, Señor Jesús.

Estación de Adviento

Primera Dominica de Adviento



Mateo 21:1-3

DEVOCIÓN – PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO REVESTIDOS DE LA LUZ QUE VIENE

Oración inicial (Colecta del día)

DIOS Todopoderoso, concédenos que echemos de nosotros las obras de las tinieblas, y nos revistamos con las armas de luz en esta vida mortal, a la cual Jesucristo tu Hijo, con grande humildad vino a visitarnos; para que en el día postrero, cuando vuelva con Majestad gloriosa a juzgar a los vivos y a los muertos, resucitemos a la vida inmortal, por el mismo Jesucristo, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, ahora y por siempre. Amén.

Meditación:

En este **Primer Domingo de Adviento**, la Iglesia eleva su mirada con particular intensidad hacia Cristo, no como evasión del mundo, sino como acto deliberado de esperanza. Contemplamos al Señor que declaró con autoridad: ***"Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida"*** (Jn 8:12). Esta confesión cristológica funda nuestra identidad, somos llamados a ser *"hijos de luz e hijos del día"* (1 Tes 5:5), aun cuando caminamos en medio de un mundo marcado por la oscuridad, la fragilidad y la incertidumbre. La Colecta del día nos sitúa precisamente en esta tensión escatológica, **reconoce nuestra condición mortal y vulnerable, pero implora la gracia que nos capacita para vivir conforme a la luz que ya ha resplandecido en Cristo**, mientras aguardamos la plenitud del día final. Adviento, así, no es huida del presente, sino aprendizaje de una espera vigilante y luminosa.

La **Epístola** nos interpela con una urgencia espiritual ineludible: *"Ya es hora de levantarnos del sueño"* (Rom 13:11). San Pablo no convoca a una espera pasiva ni a una religiosidad adormecida, sino a una vida despierta, transformada por la cercanía del Reino. El Adviento no es únicamente memoria litúrgica de una promesa antigua, sino un llamado actual a despojarnos de las obras de las tinieblas —todo aquello que contradice la vida nueva en Cristo— y a revestirnos del Señor Jesús como forma concreta de existencia. Vivir a la luz del día que se aproxima implica una ética visible: amar sin fingimiento, caminar en santidad, practicar la sobriedad del corazón y rechazar toda forma de oscuridad que niegue, distorsione o silencie la presencia del Señor en medio de su pueblo.

El **Evangelio** nos presenta al Rey que entra en Jerusalén no rodeado de ejércitos ni sostenido por la violencia, sino montado sobre un pollino, cumpliendo así las antiguas promesas proféticas (cf. Zac 9:9). Cristo se revela como Rey manso y humilde, cuya autoridad no se impone por la fuerza, sino que se manifiesta en la obediencia al Padre y en la entrega de sí mismo. Sin embargo, su entrada mesiánica culmina con un gesto decisivo de juicio y purificación en el templo, recordándonos

que la venida del Señor nunca es neutral. El Cristo que viene a salvar es también el que confronta, examina y restaura; el que ofrece misericordia es el mismo que reclama un culto verdadero y un corazón íntegro. Adviento, por tanto, nos sitúa ante este Rey que viene —no solo para ser recibido con alabanzas, sino para reordenar nuestra vida, purificar nuestra adoración y preparar a su Iglesia para la luz que no tiene ocaso.

Así, en la **Primera Dominica de Adviento**, la **colecta**, la **epístola** y el **evangelio convergen en una misma llamada teológica y espiritual: vivir el presente a la luz del futuro en Dios**. La colecta reconoce la fragilidad de nuestra condición temporal y suplica la gracia que nos permita “echar fuera las obras de las tinieblas” y caminar como hijos de la luz mientras aguardamos la venida gloriosa de Cristo. La epístola desarrolla esta súplica en clave exhortativa, despertando a la Iglesia del letargo espiritual y llamándola a revestirse de Cristo mediante una vida visible de santidad, sobriedad y amor. El evangelio, por su parte, encarna esta esperanza en la figura del Rey que entra humildemente en Jerusalén y purifica el templo, mostrando que la espera cristiana no es pasiva ni evasiva, sino transformadora y exigente. Juntas, estas lecturas presentan el Adviento como un tiempo de vigilancia activa, **una espera que se vive en conversión, una esperanza que se expresa en obediencia y una fe que se deja juzgar y renovar por el Señor que viene**.

Lectura orante de la Palabra

Epístola – Romanos 13:8–14

La noche está avanzada y el día está cerca. El creyente es llamado a vivir ya, en el presente, conforme a la luz del Reino venidero, revestido del Señor Jesucristo. Aquel Reino que aguardamos con esperanza es, al mismo tiempo, una realidad ya presente en cada hija e hijo de Dios por adopción en Cristo, y debe manifestarse de manera visible y palpable ante los ojos del mundo. Vivimos, pues, a las puertas del amanecer, la noche declina, y la consumación del Reino y la plenitud de la obra de nuestro Redentor se acercan con certeza y gloria.

Evangelio – Mateo 21:1–13

En el evangelio para el **Primer Domingo de Adviento**, la Iglesia, alza su voz para proclamar la venida del Rey prometido. A la luz de las palabras del profeta Zacarías —*“He aquí, tu Rey viene a ti, justo y salvador, humilde”*— contemplamos a Jesucristo entrando en Jerusalén según el testimonio del santo Evangelio, no con poder terrenal ni violencia, sino en mansedumbre y obediencia al designio del Padre. En esta entrada solemne y humilde, el Señor manifiesta la naturaleza de su Reino y llama a su pueblo a recibirlo con corazones despiertos, vidas rendidas y adoración

en Espíritu y en verdad. Así, al comenzar el año cristiano, somos convocados a desechar las obras de las tinieblas, a preparar el camino del Señor y a esperar con fe vigilante a aquel que vino en humildad, que reina ahora en gloria y que vendrá nuevamente para consumir su Reino eterno.

Preguntas para la reflexión:

- ¿Qué obras de tinieblas necesito desechar para vivir como hijo de la luz?
- ¿Estoy preparado para recibir a Cristo no solo como Salvador humilde, sino como Rey y Juez glorioso?
- ¿Mi vida refleja una adoración verdadera o una religiosidad vacía?

Aplicación devocional:

- **Despierta espiritualmente:** examina tu vida a la luz de la Palabra y pídele al Espíritu Santo que te conforme a ella, que renueve tus pensamientos de tal manera que te puedas ofrecer como un sacrificio vivo y santo a Dios.
- **Revístete de Cristo:** busca conformar tus pensamientos, palabras y acciones a su carácter.
- **Adora con verdad:** permite que Cristo purifique el templo de tu corazón y ordene tu vida conforme a su voluntad.

Oración final:

Señor Jesucristo, tú que viniste en humildad para salvarnos y volverás en gloria para juzgar al mundo, despiértanos del sueño espiritual, revístennos de tu luz y haznos vivir como ciudadanos de tu Reino. Que, aguardando tu venida, caminemos en santidad, amor y obediencia, para gloria del Padre y en el poder del Espíritu Santo.

Amén.

HE AQUÍ, TU REY VIENE A TI SERMÓN PARA LA PRIMERA DOMÍNICA DE ADVIENTO

“Y COMO se acercaron á Jerusalem, y vinieron á Bethfagé, al monte de las Olivas, entonces Jesús envió dos discípulos, ² Diciéndoles: Id á la aldea que está delante de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella: desatad la, y traédme los. ³ Y si alguno os dijere algo, decid: El Señor los ha menester. Y luego los dejará. ⁴ Y todo esto fué hecho, para que se cumpliese lo que fué dicho por el profeta, que dijo: ⁵ Decid á la hija de Sión: He aquí, tu Rey viene á ti, Manso, y sentado sobre una asna, Y sobre un pollino, hijo de animal de yugo. ⁶ Y los discípulos fueron, é hicieron como Jesús les mandó; ⁷ Y trajeron el asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus mantos; y se sentó sobre ellos. ⁸ Y la compañía, que era muy numerosa, tendía sus mantos en el camino: y otros cortaban ramos de los árboles, y los tendían por el camino. ⁹ Y las gentes que iban delante, y las que iban detrás, aclamaban diciendo: Hosanna al Hijo de David! Bendito el que viene en el nombre del Señor! Hosanna en las alturas! ¹⁰ Y entrando él en Jerusalem, toda la ciudad se alborotó, diciendo. ¿Quién es éste? ¹¹ Y las gentes decían: Este es Jesús, el profeta, de Nazaret de Galilea. ¹² Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera todos los que vendían y compraban en el templo, y trastornó las mesas de los cambiadores, y las sillas de los que vendían palomas; ¹³ Y les dice: Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros cueva de ladrones la habéis hecho” (Mateo 21:1-13).

Introducción:

El **Tiempo de Adviento** abre el año cristiano con una proclamación solemne y decisiva, **Cristo viene**. No comenzamos el camino litúrgico mirando primero nuestras obras, esfuerzos o méritos, sino fijando la mirada en la iniciativa soberana de Dios, en lo que Él ha hecho, en lo que sigue haciendo y en lo que, fiel a sus promesas, aún hará por nosotros. Adviento nos recuerda que la historia de la salvación no se origina en el deseo humano de buscar a Dios, sino en el movimiento de Dios hacia la humanidad. Por eso, el evangelio que la Iglesia escucha en este primer domingo no nos conduce inmediatamente al pesebre de Belén, sino a **Jerusalén**, la ciudad del Rey, donde el Mesías prometido entra cumpliendo las Escrituras y revelando el sentido profundo de su venida.

La **entrada triunfal de Jesús** no es un acto político ni un espectáculo religioso, sino una manifestación profética del carácter de su Reino. El Rey que viene no se impone por la fuerza ni conquista por la violencia; se presenta en mansedumbre, despojado de toda ostentación, revelando una autoridad fundada en la obediencia al Padre y en el amor que se entrega. En Adviento, la Iglesia es nuevamente llamada a recibir a este Rey, **no solo con palabras de alabanza, sino con una fe humilde, una obediencia sincera y corazones preparados para ser transformados**. La pregunta que atraviesa este tiempo santo es ineludible, **¿es**

Cristo el Rey que verdaderamente anhelamos y esperamos? ¿O su humildad, su paciencia y su llamado a la conversión desafían nuestras expectativas, como ocurrió con tantos a lo largo de la historia?

Hoy recordamos con asombro y gratitud que nuestro Salvador **se despojó de su gloria por amor**, se hizo pobre para enriquecernos con la vida de Dios, y eligió el camino de la mansedumbre para inaugurar su Reino. Por eso, la Iglesia se alegra y proclama con esperanza: **"He aquí tu Rey viene a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna"** (Zac 9:9). Adviento es, así, el tiempo de aprender a reconocer y acoger al Rey que viene —no según nuestros esquemas de poder, sino según el corazón misericordioso de Dios.

1. El Rey que viene conforme a la promesa de Dios (vv. 1–5) "Y COMO se acercaron á Jerusalem, y vinieron á Bethfagé, al monte de las Olivas, entonces Jesús envió dos discípulos, ² Diciéndoles: Id á la aldea que está delante de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella: desatad la, y traédme los. ³ Y si alguno os dijere algo, decid: El Señor los ha menester. Y luego los dejará. ⁴ Y todo esto fué hecho, para que se cumpliese lo que fué dicho por el profeta, que dijo: ⁵ Decid á la hija de Sión: He aquí, tu Rey viene á ti, Manso, y sentado sobre una asna, Y sobre un pollino, hijo de animal de yugo".

El relato de Mateo sitúa la entrada de Jesús en Jerusalén dentro de un marco cuidadosamente construido, donde **nada es accidental ni improvisado**. La aproximación a Betfagé, al monte de los Olivos, evoca de inmediato el horizonte escatológico del Antiguo Testamento, es allí donde, según **Zacarías 14:4**, el Señor mismo habría de manifestarse en el día final. Al ubicar a Jesús en este escenario, el evangelista sugiere sutilmente que los acontecimientos que se desarrollan no son meramente históricos, sino **teológicos**, inscritos en el drama mayor de la fidelidad de Dios a sus promesas.

Cristo nuestro Señor no vino conforme a las expectativas mesiánicas dominantes de su tiempo, marcadas por anhelos de liberación política, restauración nacional o prestigio religioso. Fariseos, saduceos y escribas aguardaban, cada uno a su manera, un Mesías funcional a sus propios esquemas de poder, pureza o control. De modo semejante, tampoco hoy Cristo se conforma a los deseos del mundo ni a los ideales que la cultura dominante exalta. Con facilidad, nuestra visión puede verse oscurecida y nuestros afectos desordenados hasta proyectar sobre Jesús una imagen que no corresponde a su verdadera identidad. Sin embargo, las Santas Escrituras dan testimonio claro, coherente y convergente de quién es el Mesías y de cómo habría de venir, y ese testimonio halla su cumplimiento pleno en Jesucristo.

El detalle de la asna y el pollino no responde a una nota pintoresca, sino a una **acción profética deliberada**. En el Antiguo Testamento, montar un asno no era signo de humillación, sino de **realeza pacífica**, así lo hicieron jueces y príncipes de

Israel (cf. Jueces 5:10; 10:4). Jesús no rechaza la realeza, sino que redefine su carácter. Su entrada proclama que el Reino de Dios no avanza por la violencia, sino por la mansedumbre; no por la imposición, sino por la obediencia confiada al designio del Padre. En este santo tiempo de Adviento, la Iglesia es invitada a contemplar el misterio de esta humillación regia y a reconocer, con fe reverente, el cumplimiento amoroso y preciso de las promesas de Dios en su Redentor.

1.1. Un Rey que cumple la Escritura.

La cita explícita de **Zacarías 9:9** —“*He aquí, tu Rey viene a ti, manso*”— sitúa la entrada de Jesús en Jerusalén dentro de la lógica del **cumplimiento escriturístico**, una categoría fundamental en la teología mateana. El evangelista no presenta a Jesús como quien simplemente encaja retrospectivamente en antiguas palabras proféticas, sino como aquel en quien la Escritura alcanza su sentido pleno. El verbo griego utilizado por Mateo, πληρωθῆναι (*plērōthē*), no significa solo “cumplirse” en sentido cronológico, sino **llenarse de contenido**, alcanzar su plenitud teológica.

El adjetivo πραῦς (*prāys*), traducido como “manso”, no describe debilidad ni pasividad, sino una disposición de fuerza sometida a la voluntad de Dios. En la Septuaginta, este término se asocia con los justos que confían en el Señor y esperan su acción (cf. Salmo 37:11). Jesús encarna esta mansedumbre mesiánica, es Rey no porque se impone, sino porque obedece; no porque domina, sino porque se entrega. Así, la profecía de Zacarías, pronunciada en un contexto de restauración postexílica, encuentra en Cristo una realización que supera toda expectativa histórica inmediata.

Nada en esta escena queda fuera del designio soberano de Dios. Incluso la obediencia silenciosa de los discípulos y la disposición de los animales participan del cumplimiento del propósito divino. La fe cristiana descansa, por tanto, en la convicción de que Dios gobierna la historia con fidelidad paciente, y que en Jesucristo todas sus promesas hallan su “sí” definitivo (cf. 2 Cor 1:20). Adviento nos llama, así, no solo a recordar una profecía cumplida, sino a renovar nuestra confianza en el Dios que sigue viniendo conforme a su Palabra, aun cuando su modo de actuar contradiga nuestras expectativas humanas.

Pregunta escudriñadora:

- ¿Confío verdaderamente en la fidelidad de Dios, aun cuando sus caminos no coinciden con mis expectativas?

Aplicación práctica:

- Medita esta semana en una promesa bíblica y entrégale al Señor tus temores, afirmando en oración su fidelidad.

- Renuncia a las pompas del mundo y a las seducciones de Satanás, recuerda que a Dios lo encontramos no en las glorias pasajeras del mundo sino en la sencillez y humildad de la gracia y misericordia de Dios.

1.2. Un Rey que viene en humildad.

El signo elegido por Jesús para su entrada en Jerusalén —un pollino, animal de carga y servicio— no solo contrasta con la imaginería imperial de su tiempo, sino que **revela el principio teológico que gobierna su Reino**. Mientras los reyes de las naciones se presentan montados en caballos de guerra, símbolos de conquista y dominación (cf. Sal 20:7; Prov 21:31), el Mesías de Dios se acerca en un animal asociado con la vida cotidiana y el trabajo silencioso. Esta elección no minimiza su autoridad; por el contrario, la define. La realeza de Cristo no se funda en la capacidad de imponerse, sino en la disposición de obedecer plenamente la voluntad del Padre. El Antiguo Testamento ya había preparado este horizonte. En **Isaías 42:1–4**, el Siervo del Señor es descrito como aquel que no quebrará la caña cascada ni apagará el pábilo que humea, y que establecerá la justicia sin levantar la voz ni imponer su fuerza. Esta figura del Siervo humilde encuentra su realización en Cristo, cuya mansedumbre no es pasividad, sino **fidelidad activa**. La humildad del Mesías no consiste en la negación de su identidad, sino en la forma concreta en que la encarna, **sometiendo todo poder al designio redentor de Dios**.

Desde una perspectiva exegética, la mansedumbre de Cristo se expresa no solo en un acto simbólico, sino en su orientación existencial. El término griego empleado para “servir” en **Juan 12:26**, *διακονεῖ* (*diakonei*), implica una entrega concreta y perseverante, no un acto ocasional. Servir a Cristo significa seguirle en el mismo camino de obediencia que Él recorre, un camino que conduce a la cruz antes que a la exaltación. La promesa de honra —*τιμήσει* (*timēsei*)— no procede del reconocimiento humano, sino del Padre mismo, quien vindica al Hijo obediente y a quienes participan de su fidelidad.

Este principio revela uno de los grandes misterios de la vida cristiana, **la honra nace de la obediencia, y la verdadera autoridad brota de la humildad**. Frente a la tentación de afirmar nuestra identidad mediante la autosuficiencia o el control, Adviento nos llama a aprender del Rey que viene en sencillez. No es lo que creemos poder realizar con nuestras propias fuerzas lo que agrada a Dios, sino un corazón dispuesto a escuchar, confiar y seguir. Así, la humildad deja de ser una virtud marginal para convertirse en el lugar donde el Reino se hace visible y donde el pueblo de Dios es formado a imagen de su Señor.

Pregunta escudriñadora:

- ¿Reconozco y recibo a Cristo tal como Él se revela, o solo cuando responde a mis deseos?

Aplicación práctica:

- Practica un acto consciente de humildad cristiana, sometiendo una decisión personal a la voluntad del Señor.

2. La respuesta del pueblo: entre la alabanza y la superficialidad (vv. 6–9). “⁶ Y los discípulos fueron, é hicieron como Jesús les mandó; ⁷ Y trajeron el asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus mantos; y se sentó sobre ellos. ⁸ Y la compañía, que era muy numerosa, tendía sus mantos en el camino: y otros cortaban ramos de los árboles, y los tendían por el camino. ⁹ Y las gentes que iban delante, y las que iban detrás, aclamaban diciendo: Hosanna al Hijo de David! Bendito el que viene en el nombre del Señor! Hosanna en las alturas!”.

La narración evangélica desplaza ahora el foco desde la acción soberana de Cristo hacia la reacción de la multitud. Los discípulos obedecen fielmente la instrucción del Señor, y el pueblo responde con acciones cargados de simbolismo, **mantos extendidos, ramas cortadas, voces elevadas en aclamación**. Estas acciones no surgen en el vacío, sino que se inscriben en la memoria litúrgica de Israel. Tender los mantos evoca la proclamación real de **Jehú** en 2 Reyes 9:13, mientras que el uso de ramas recuerda la celebración de **la Fiesta de los Tabernáculos** (Lev 23:40), asociada a la esperanza escatológica y al reinado definitivo de Dios. La multitud, por tanto, actúa dentro de un marco simbólico legítimo y profundamente bíblico.

Sin embargo, Mateo introduce una tensión teológica decisiva, **la expresión formal de la alabanza no garantiza su profundidad espiritual**. En este santo tiempo de Adviento, la Iglesia es llamada a examinar con seriedad el fundamento de su adoración. ¿Por qué adoramos a Cristo? ¿brota nuestra alabanza de una confesión arraigada en la verdad revelada, o se limita a una repetición heredada de gestos y palabras? El Adviento no solo inaugura un nuevo año litúrgico; inaugura también un tiempo de discernimiento interior, en el que la comunidad creyente es confrontada con la posibilidad de una religiosidad que honra a Dios con los labios, mientras el corazón permanece distante (cf. Is 29:13).

Esta reflexión adquiere particular relevancia en el contexto del cristianismo occidental contemporáneo, donde la participación regular en el culto no siempre se traduce en una vida transformada en el hogar, el trabajo o la sociedad. La tradición anglicana ha insistido con sabiduría en que **la lex orandi forma la lex vivendi**, lo que confesamos ante Dios en la liturgia debe encarnarse visiblemente en nuestra forma de vivir ante el mundo. El Adviento nos invita, así, a un alto en el camino, no para desalentar la alabanza, sino para purificarla y anclarla en una fe obediente y perseverante.

2. 1. Una alabanza verdadera, pero incompleta.

El clamor de la multitud — *"¡Hosanna al Hijo de David!"*— es teológicamente correcto y bíblicamente fundamentado. El título "Hijo de David" reconoce a Jesús como heredero legítimo de las promesas mesiánicas (cf. 2 Sam 7; Sal 89). El término **ὡσαννά (hōsanná)**, tomado del Salmo 118:25, significa originalmente "¡sálvanos ahora!", una súplica dirigida a Dios en el contexto del culto. Sin embargo, en labios de la multitud, esta invocación oscila entre la oración y la consigna, entre la fe y la expectativa inmediata.

Aquí emerge una paradoja inquietante, **la alabanza puede ser auténtica en su lenguaje y, al mismo tiempo, incompleta en su comprensión**. Muchos de los que aclaman hoy al Mesías como Rey no están preparados para seguirle cuando su camino se aleja de sus expectativas. La historia de Israel ofrece múltiples ejemplos de esta oscilación espiritual, el mismo pueblo que cantó a orillas del Mar Rojo (Éx 15) murmuró poco después en el desierto (Éx 16). La Escritura muestra que el entusiasmo momentáneo, cuando no está sostenido por una fe enraizada, se disipa ante la prueba.

Desde una perspectiva pastoral, este pasaje nos advierte que el fervor emocional, aunque no es despreciable, **no puede sustituir a una fe perseverante**. Dios no rechaza la alabanza intensa, pero la llama a madurar en obediencia, paciencia y fidelidad. Cuando la adoración se reduce a un medio para alcanzar nuestros propios fines, corre el riesgo de vaciarse de contenido espiritual. Así, el grito de "¡Hosanna!" puede transformarse, con inquietante rapidez, en silencio o incluso en rechazo cuando el Cristo que viene no responde a nuestros deseos más profundos, sino que los confronta y purifica.

Pregunta escudriñadora:

- ¿Mi adoración a Cristo se sostiene solo en momentos de entusiasmo o en una obediencia constante?

Aplicación práctica:

- Renueva tu compromiso de adoración diaria, no solo con palabras, sino con una vida ordenada según el Evangelio.

2.2. La confusión sobre la identidad del Rey.

El relato continúa señalando que, al entrar Jesús en Jerusalén, *"toda la ciudad se conmovió"* y preguntaba: *"¿Quién es este?"* (Mt 21:10). El verbo griego **ἐσεισθη (eseísthē)** sugiere un estremecimiento profundo, casi sísmico, indicando que la presencia de Jesús provoca una inquietud que va más allá de la curiosidad. No

obstante, la respuesta que recibe —*"Este es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea"*— revela una comprensión parcial. Reconocerlo como profeta es afirmar algo verdadero, pero insuficiente. El pueblo percibe correctamente que Dios actúa en Él, pero no alcanza a confesar plenamente quién es.

Esta confusión no es nueva en la historia bíblica. Moisés fue reconocido como libertador antes de ser aceptado como mediador del pacto; David fue ungido rey mucho antes de ser recibido como tal. De manera semejante, Jesús es acogido inicialmente según categorías conocidas, pero su identidad desborda los marcos disponibles. Adviento nos confronta con esta misma pregunta, **¿sabemos realmente a quién adoramos?** No celebramos a un mero maestro moral ni a un profeta excepcional, sino al **Dios encarnado**, *vere homo, vere Deus*, verdadero hombre y verdadero Dios.

Cuando la identidad de Cristo no es comprendida ni confesada en su plenitud, la fe corre el riesgo de permanecer superficial. Jesús mismo advirtió que una fe sin raíces profundas no resiste la prueba (cf. Mt 13:20–21). Adviento, por tanto, no es solo un tiempo de expectación gozosa, sino de **profundización doctrinal y espiritual**. Solo una confesión clara de quién es Cristo sostiene una adoración que persevere más allá del entusiasmo inicial y una vida que permanezca fiel cuando el camino se vuelve exigente.

Pregunta escudriñadora:

- ¿Quién es Jesucristo para mí realmente: un maestro admirable o el Señor de mi vida?

Acción concreta:

- Lee esta semana un pasaje del Evangelio y confiesa en oración la soberanía de Cristo sobre tu vida.

3. El Rey que purifica su casa (vv. 12–13). ¹²Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera todos los que vendían y compraban en el templo, y trastornó las mesas de los cambiadores, y las sillas de los que vendían palomas; ¹³Y les dice: Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros cueva de ladrones la habéis hecho.

La entrada de Jesús en el templo constituye el **clímax teológico del relato** y revela con particular claridad la naturaleza del Reino que inaugura. El mismo Rey que ha sido recibido con aclamaciones entra ahora en el corazón religioso de Israel para ejercer una autoridad que no se limita al símbolo, sino que **confronta, juzga y restaura**. Mateo presenta esta acción no como un episodio accesorio, sino como una consecuencia necesaria de la venida del Mesías: **el Rey que llega conforme**

a la promesa y en humildad es también aquel que reclama la fidelidad de la casa que lleva el nombre de Dios.

El gesto de Jesús se inscribe en una larga tradición profética del Antiguo Testamento. Desde **Jeremías 7**, donde el profeta denuncia la falsa confianza en el templo como refugio automático, hasta **Malaquías 3:1–3**, donde el Señor es anunciado como aquel que vendrá súbitamente a su templo para purificar a su pueblo como fuego de fundidor, la Escritura había anticipado que la presencia divina no solo consuela, sino que **purifica aquello que se ha desviado de su propósito original**. Al inicio del año cristiano, este pasaje nos recuerda que el Adviento no puede reducirse a expectativa gozosa sin arrepentimiento, ni a preparación exterior sin renovación interior. Esperanza y conversión se hallan inseparablemente unidas.

Así, la Iglesia confiesa que el Señor que vino, que reina y que vendrá en gloria es el mismo que examina el corazón de su pueblo. Prepararnos para su venida implica permitir que su gracia alcance lo más profundo de nuestra vida personal y comunitaria, confrontando toda forma de religiosidad utilitaria y restaurando el culto que verdaderamente agrada a Dios. Adviento nos sitúa, por tanto, ante un Rey cuya misericordia no evade el juicio, y cuya autoridad no destruye, sino que **reordena para dar vida**.

3.1. La autoridad que confronta,

La acción de Jesús en el templo no procede de un arrebato descontrolado, sino de un **celo santo**, conforme al carácter de Dios revelado en las Escrituras. El verbo griego ἐξέβαλεν (*exébalen*), “echó fuera”, expresa una acción decisiva y deliberada, asociada en otros contextos a la expulsión de aquello que no tiene lugar en el ámbito santo. Jesús actúa como el legítimo Señor del templo, reclamando para Dios lo que ha sido deformado por intereses ajenos a su propósito.

La cita compuesta de **Isaías 56:7** y **Jeremías 7:11** intensifica esta confrontación. Isaías recuerda que la casa de Dios está destinada a ser lugar de oración para todos los pueblos, mientras que Jeremías denuncia la perversión del culto cuando se convierte en refugio de injusticia. Al unir ambos textos, Jesús declara que el problema no es la actividad en sí, sino la transformación del espacio sagrado en un medio de explotación y autojustificación. La autoridad del Rey se manifiesta, así, como una autoridad que **discierne, denuncia y restaura**.

Desde una perspectiva cristológica, esta purificación apunta más allá del templo de piedra. El Nuevo Testamento afirma que, por la obra redentora de Cristo y la morada del Espíritu Santo, el pueblo de Dios ha sido constituido como **templo vivo** (cf. 1 Cor 3:16; Ef 2:21). La autoridad que Cristo ejerce en Jerusalén continúa operando en la vida de la Iglesia y de cada creyente, no para condenar, sino para conformarnos a su santidad. Revestidos de la justicia imputada de Cristo, somos

llamados a vivir como aquellos que han sido apartados para Dios, permitiendo que su presencia purifique continuamente nuestras motivaciones, prácticas y afectos.

Pregunta escudriñadora:

- ¿Permito que Cristo confronte y purifique las áreas desordenadas de mi vida?

Acción concreta:

- Examina tu vida espiritual y elimina prácticas o actitudes que no glorifican a Dios.
- Evalúa tus hábitos, identifica los que deben ser corregidos, los que deben ser creados y los que deben ser fortalecidos, de tal forma que tu vida en conjunto esté dispuesta para la gloria de Dios.

3.2. Un llamado a una adoración verdadera.

La declaración de Jesús —*"Mi casa, casa de oración será llamada"*— establece el criterio fundamental del culto verdadero. El templo no existe para satisfacer intereses humanos, ni para garantizar seguridad religiosa, sino para ser el lugar donde Dios es invocado, honrado y obedecido. El término griego προσευχής (*proseuchēs*) no se limita al acto verbal de orar, sino que abarca una **orientación total de la vida hacia Dios**, una relación sostenida por la escucha, la dependencia y la obediencia.

A la luz del Evangelio, esta afirmación adquiere una profundidad aún mayor. Si, por la gracia de Cristo, nosotros mismos hemos sido hechos morada del Espíritu, entonces el llamado a una adoración verdadera alcanza el corazón mismo de nuestra existencia. Adviento nos invita a permitir que el Señor ejerza su autoridad purificadora en lo más profundo de nuestro ser, removiendo todo aquello que desplaza a Dios del centro y que convierte la fe en instrumento de conveniencia o autoafirmación.

Esta purificación no nace del esfuerzo humano ni de una disciplina aislada, sino de la gracia viva de Cristo que limpia, restaura y renueva. Allí donde la vida es transformada por esta gracia, el culto es necesariamente renovado. Así, confesamos que lo que oramos y celebramos delante de Dios debe reflejarse en una existencia santa, sobria y obediente. De este modo, al acercarse la venida del Señor, Cristo halla en su Iglesia —y en cada uno de nosotros— **una casa purificada, consagrada y entregada a la oración**, preparada para recibir al Rey que viene con gloria y misericordia.

Pregunta escudriñadora:

- ¿Mi vida refleja una relación viva y reverente con Dios? ¿Puedo decir que tengo una vida de oración?

Aplicación práctica:

- Dedicar un tiempo especial esta semana para la oración silenciosa y la adoración reverente.

Conclusión:

El **Primer Domingo de Adviento** nos coloca deliberadamente ante la figura del **Rey que viene**, no conforme a las expectativas humanas, sino fiel al designio eterno de Dios. Es el Rey prometido por las Escrituras, que entra en humildad, que reclama obediencia sincera y que manifiesta un celo santo por la pureza de su pueblo. Su venida desenmascara toda fe superficial, confronta la religiosidad vacía y nos llama a una respuesta que vaya más allá de la emoción pasajera o de la confesión meramente litúrgica.

Recibir a Cristo no consiste únicamente en aclamar su nombre, sino en **rendirle el corazón**; no se agota en palabras de alabanza, sino que se verifica en una vida conformada a su voluntad. El Adviento nos recuerda que el Rey que fue recibido con ramos también entra en el templo para purificarlo, y que el mismo Señor que es proclamado con gozo examina con verdad a quienes dicen esperarlo. Allí donde Él es verdaderamente reconocido como Rey, su gracia transforma, ordena y renueva. Al comenzar un nuevo año cristiano, la Iglesia es llamada a vivir en **espera vigilante**, sostenida por la esperanza y acompañada por el arrepentimiento. Esperamos al Señor que **vino en humildad**, que **reina ahora con autoridad y misericordia**, y que **vendrá de nuevo en gloria** para consumir su Reino. Esta triple confesión da forma a nuestra fe, orienta nuestra adoración y determina nuestra manera de vivir en el mundo.

“He aquí, tu Rey viene a ti.”

Que esta verdad no sea solo una afirmación doctrinal, sino una realidad que modele nuestra vida entera, que gobierne nuestras prioridades, purifique nuestra adoración y nos prepare, como Iglesia y como templos vivos del Espíritu, para recibir con gozo al Rey que viene. Que, al acercarse su venida, nos halle velando, perseverando en la fe y viviendo ya a la luz de su Reino eterno.

Amén.

Estación de Adviento

Segunda Dominica de Adviento



Lucas 21:25-33

DEVOCIÓN – SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO LA PALABRA QUE SOSTIENE NUESTRA ESPERANZA

Oración inicial (Colecta del día)

BENDITO Señor, que hiciste que las Santas Escrituras se escribiesen para nuestra enseñanza; concede que de tal manera las oigamos, las leamos, las consideremos, las aprendamos y las examinemos cuidadosamente, que podamos asimilarlas en nuestro interior, para que por medio de la paciencia y del consuelo de tu santa Palabra, abracemos y conservemos hasta el fin la esperanza bendita de la vida eterna, que Tú nos has dado en Jesucristo nuestro Salvador. **Amén.**

Meditación:

En el Segundo Domingo de Adviento, la Iglesia es guiada con particular delicadeza pastoral a **fijar su atención en la Palabra de Dios como el cimiento firme y confiable de toda esperanza cristiana.** La Colecta del día articula con notable densidad teológica una convicción central de la tradición reformada y católica a la vez, **las Santas Escrituras no se limitan a transmitir información religiosa, sino que, recibidas en fe y obediencia, configuran la vida del creyente, la sostienen en la prueba y la orientan hacia su cumplimiento último en Jesucristo.** Escuchar atentamente la Palabra proclamada, leerla con reverencia, considerarla con inteligencia espiritual y asimilarla en la vida cotidiana constituye el camino ordinario por el cual Dios instruye, corrige y fortalece a su pueblo durante el tiempo de espera. Así, en Adviento, la Escritura se revela no solo como testimonio del pasado o promesa del futuro, sino como voz viva mediante la cual el Señor prepara a su Iglesia para recibirlo con fe perseverante y esperanza paciente.

La Epístola nos recuerda, con la sobriedad y profundidad propias de san Pablo, que “todo lo que antes fue escrito, para nuestra enseñanza fue escrito”, para que, mediante la paciencia perseverante y el consuelo que brotan de las Santas Escrituras, seamos afirmados en una esperanza firme y viva. La mirada apostólica no se detiene en la mera instrucción moral, sino que se eleva hacia el Dios mismo, a quien Pablo llama “**el Dios de la paciencia y de la consolación**”, aquel que sostiene a su pueblo en el tiempo de la espera y lo capacita para vivir en unidad de mente y de corazón. Esta unidad no es uniformidad humana, sino fruto de una esperanza compartida, que culmina en la glorificación de Dios “**con una misma voz**”, como cuerpo reconciliado en Cristo. En Adviento, esta esperanza no funciona como evasión del sufrimiento ni como consuelo superficial frente a la fragilidad del mundo; es, más bien, una confianza arraigada en la fidelidad de Dios, manifestada en promesas ya cumplidas y en aquellas que aún esperan su plena consumación. En Jesucristo, en quien judíos y gentiles son incorporados a un mismo pueblo, la esperanza deja de ser posesión de unos pocos y se convierte en herencia común,

orientada hacia la venida del Reino que ya ha irrumpido y que será plenamente revelado.

El Evangelio, por su parte, coloca a la Iglesia ante las palabras solemnes y penetrantes del Señor acerca de señales cósmicas, conmoción entre las naciones y el temor que invade a la humanidad cuando los fundamentos aparentes del mundo parecen tambalearse. Sin embargo, lejos de alimentar una espiritualidad del miedo o de la evasión, Cristo dirige a sus discípulos una exhortación decisiva: **“erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención se acerca”**. En este mandato se revela el corazón del Adviento, aprender a interpretar los acontecimientos de la historia no desde la ansiedad o la desesperación, sino a la luz de la promesa fiel de Dios. El Señor no niega la gravedad de las crisis ni el sufrimiento real del mundo, pero afirma con autoridad soberana que ninguna de estas realidades tiene la última palabra. **“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”**, con esta declaración, Cristo ancla la esperanza de la Iglesia no en la estabilidad de los sistemas humanos, sino en la permanencia de su Palabra viva. Así, el Adviento forma a la comunidad cristiana en una vigilancia serena y confiada, capaz de permanecer firme en medio de la incertidumbre, sostenida por una esperanza que no se desgasta, porque descansa en la fidelidad inquebrantable del Señor que viene.

En la Segunda Domínica de Adviento, la colecta, la epístola y el evangelio convergen en una misma pedagogía espiritual que forma a la Iglesia en una esperanza paciente, vigilante y arraigada en la Palabra fiel de Dios. La colecta ora para que, al escuchar, leer, considerar y asimilar las Santas Escrituras, el pueblo de Dios sea fortalecido en la esperanza que conduce a Cristo; la epístola confirma esta súplica al enseñar que todo lo escrito anteriormente fue dado para nuestra instrucción, a fin de que, por la perseverancia y el consuelo que proceden de las Escrituras, tengamos esperanza y aprendamos a glorificar a Dios con una misma voz. El evangelio, finalmente, sitúa esa esperanza en el horizonte escatológico, mostrando que, aun en medio de la conmoción del mundo, la Palabra del Señor permanece firme e inmutable, sosteniendo a los creyentes y llamándolos a levantar la cabeza ante la cercanía de la redención. Así, oración, enseñanza apostólica y palabra del Señor se entrelazan para mostrar que la espera cristiana no es pasiva ni temerosa, sino una vigilancia confiada, alimentada por la Escritura y orientada hacia la venida segura de Cristo.

Lectura orante de la Palabra:

Epístola – Romanos 15:4–13:

De acuerdo a la enseñanza del apóstol Pablo en Romanos 15:4–13, la Sagrada Escritura no fue dada únicamente para informar el entendimiento, sino para sostener el corazón del creyente en el camino de la fe; en ella Dios mismo se acerca a su pueblo para infundir paciencia en medio de la espera y consuelo en medio de la

aflicción. Al contemplar cómo las promesas hechas a Israel hallan su cumplimiento fiel en Jesucristo, somos afirmados en la certeza de que el Dios que habló en el pasado continúa obrando con la misma fidelidad en el presente. Así, la Palabra engendra en nosotros una esperanza viva que no descansa en las circunstancias cambiantes, sino en el carácter inmutable de Dios, quien cumple todo lo que ha prometido. Esta esperanza, sostenida por el Espíritu Santo, nos capacita para perseverar con gozo, vivir en unidad y glorificar a Dios con una sola voz, mientras aguardamos confiadamente la consumación de su obra redentora. ¡Atesora su palabra en tu mente y corazón!

Evangelio – Lucas 21:25–33

En el evangelio para el Segundo Domingo de Adviento, San Lucas 21:25–33, el Señor Jesucristo describe un mundo sacudido por señales, temores y confusión, donde el corazón de muchos desfallece ante la incertidumbre de lo que ha de venir; sin embargo, lejos de conducir a su pueblo al temor, Él dirige nuestra mirada a una esperanza firme y consoladora. En medio de la inestabilidad de la creación y de la fragilidad de los reinos humanos, **Cristo afirma con autoridad soberana que su Palabra no pasará, aun cuando el cielo y la tierra sean conmovidos.** Así, el creyente es llamado a vivir con confianza vigilante, levantando la cabeza no por orgullo, sino por fe, al reconocer que la redención se acerca y que el Hijo del Hombre reina sobre la historia. Esta certeza pastoral nos sostiene en la espera, fortalece nuestra perseverancia y nos anima a caminar en santidad, sabiendo que el cumplimiento de las promesas de Cristo es tan seguro como su Palabra eterna.

Preguntas para la reflexión:

- ¿Ocupa la Palabra de Dios un lugar central en mi espera y preparación durante el Adviento?
- ¿Enfrento las inquietudes del presente con temor o con la esperanza que brota de las promesas de Cristo?
- ¿Permito que la Escritura forme mi manera de pensar, orar y vivir?

Aplicación devocional:

- **Escucha y medita la Palabra:** dedica cada día un tiempo intencional para leer y considerar las Escrituras.
- **Abraza la esperanza cristiana:** recuerda que la historia está en manos de Dios y orientada hacia la redención.
- **Vive vigilante y confiado:** levanta tu mirada al Señor y descansa en la fidelidad de su Palabra.

Oración final:

Señor Dios, fuente de toda esperanza y consuelo, haz que tu santa Palabra habite ricamente en nosotros. Sostenenos en la paciencia, guárdanos en la esperanza y enséñanos a vivir vigilantes mientras aguardamos la manifestación gloriosa de tu Hijo. Que, fortalecidos por tu Espíritu, abracemos hasta el fin la vida eterna que nos has prometido en Jesucristo.

Amén.

CUANDO ESTAS COSAS COMIENCEN A SUCEDER, ERGUÍOS SERMÓN PARA LA SEGUNDA DOMÍNICA DE ADVIENTO

“²⁵ Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; ²⁶ desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas. ²⁷ Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria. ²⁸ Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca. ²⁹ También les dijo una parábola: Mirad la higuera y todos los árboles. ³⁰ Cuando ya brotan, viéndolo, sabéis por vosotros mismos que el verano está ya cerca. ³¹ Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios. ³² De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca. ³³ El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”. (San Lucas 21:25-33)

Introducción:

El Evangelio según san Lucas nos introduce en una escena de profundas resonancias apocalípticas, **señales en el sol, la luna y las estrellas**; angustia entre las naciones; corazones desfalleciendo por el temor ante lo que sobreviene al mundo. Este lenguaje, cargado de imágenes cósmicas, no pretende suscitar pánico ni alimentar una espiritualidad del miedo, sino despertar una conciencia teológica más profunda. Jesús enseña a sus discípulos a leer la historia con ojos de fe, reconociendo que incluso las convulsiones de la creación están bajo la soberanía de Dios. Lejos de indicar el abandono divino, **estas señales proclaman que el Reino avanza en medio de los temblores del mundo y que Cristo, Señor de la historia, gobierna los tiempos y los acontecimientos**. Nada escapa a su cuidado providente, aun cuando el cielo y la tierra parecen estremecerse, es Él quien los mueve para llevar a cumplimiento su designio de salvación.

En este contexto, las palabras del Señor adquieren una fuerza pastoral singular para nuestro tiempo, marcado por la fragilidad de las estructuras humanas y por múltiples formas de incertidumbre, sociedades polarizadas, crisis económicas persistentes, confusión moral y temores que habitan el corazón de las personas. Frente a esta realidad, **Cristo no invita a la huida ni al desaliento, sino a una postura radicalmente distinta: “Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Lc 21:28)**. Levantar la cabeza es un acto de fe y de esperanza; es negarse a vivir encorvados por el miedo y afirmar, con confianza reverente, que la última palabra no pertenece al caos ni a la muerte, sino al Dios fiel que viene. Así, el Adviento forma en la Iglesia una vigilancia serena y valiente, capaz de esperar activamente la redención, sostenida por la certeza de que el Señor reina y su promesa no falla.

1. Un mundo que se sacude (vv. 25–26). ²⁵ Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; ²⁶ desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas.

Las palabras de Jesús describen un mundo profundamente conmovido, señales en los astros, angustia entre las naciones y corazones desfalleciendo ante lo que sobreviene sobre la tierra. Esta descripción no es una simple proyección catastrofista, sino una lectura teológica de la condición del mundo caído, marcado por la inestabilidad, el cambio y la fragilidad de todas las seguridades humanas. El verbo que Lucas emplea para la “conmoción” de los cielos (σαλευθήσονται) remite a la imagen bíblica de aquello que es sacudido para revelar lo que no puede ser destruido (cf. Sal 46:2–3; Hag 2:6; Heb 12:26–27). En el horizonte del Antiguo Testamento, cuando la creación tiembla no es señal de abandono divino, sino de la intervención soberana del Señor que irrumpe para juzgar y salvar. En Adviento, la Iglesia escucha estas palabras no para entregarse a la ansiedad, sino para aprender a discernir la historia a la luz de la Palabra fiel de Dios. Aunque el curso de los acontecimientos pueda parecernos confuso e impredecible, la fe confiesa que Dios reina sobre los tiempos y las estaciones, y que nada ocurre fuera de su providencia. Así, Cristo llama a su pueblo a interpretar las sacudidas del mundo no desde el miedo, sino desde la esperanza que brota de la certeza de que el Señor conduce todas las cosas hacia su consumación en Él.

1.1. Las señales no son caos sin propósito.

El lenguaje cósmico que emplea nuestro Señor evoca deliberadamente la voz de los profetas, para quienes los trastornos del cielo y de la tierra acompañan los grandes actos redentores de Dios (cf. Is 13:10; Jl 2:10; Dn 7:13). En esta tradición, las señales no representan un desorden absurdo, sino **la manifestación de que Dios está actuando de manera decisiva en la historia**. Lucas recoge esta imagería para subrayar que la creación misma participa, de algún modo, en el drama de la redención. El “bramido del mar y de las olas” (ἤχος θαλάσσης καὶ σάλου) recuerda el poder indómito de las fuerzas que escapan al control humano, pero no al gobierno del Creador (cf. Sal 93:3–4). Estas señales no son dadas para infundir terror al pueblo fiel, sino para despertarlo de la indiferencia espiritual y llamarlo al discernimiento. En Adviento, la Iglesia es exhortada a velar, a examinar su vida a la luz de la Palabra y a reconocer que cada sacudida del mundo **es también una llamada misericordiosa a volver el corazón al Señor y a prepararse para la plenitud de su Reino, que ya ha comenzado a manifestarse en Cristo y será consumado en su venida gloriosa**.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Cómo interpreto las crisis personales, sociales o eclesiales que experimento: como un caos sin sentido o como ocasiones en las que Dios me llama a velar y discernir?
- ¿Reacciono ante la inestabilidad del mundo con temor y ansiedad, o con una confianza renovada en la soberanía de Dios?
- ¿Permito que la Palabra de Dios sea el criterio que ilumina mi comprensión de los tiempos, o me dejo guiar principalmente por las voces del mundo?

Aplicaciones prácticas:

- **Ejercita el discernimiento espiritual:** ante los acontecimientos que sacuden tu entorno, detente a orar y a examinar tu vida a la luz de las Escrituras, pidiendo sabiduría para reconocer la voz de Dios en medio de ellos.
- **Rechaza el temor paralizante:** recuerda conscientemente que Dios gobierna sobre la historia y confía tus inquietudes al Señor en oración, afirmándote en su soberanía y fidelidad.
- **Despierta de la indiferencia espiritual:** usa este tiempo como una oportunidad para renovar tu compromiso con la oración, la lectura bíblica y la vida sacramental.

1. 2. El miedo del mundo contrasta con la esperanza del creyente.

La reacción de las naciones, descritas como “angustiadas” (συνοχὴ ἐθνῶν), revela un estado interior de opresión y desconcierto propio de quienes no descansan en la fidelidad del Dios vivo. **Allí donde Dios es excluido del horizonte de sentido, el temor se convierte en señor y la expectativa del futuro se transforma en ansiedad paralizante.** Los “corazones desfalleciendo” (ἀποψυχόντων ἀνθρώπων) expresan la fragilidad de una esperanza fundada únicamente en las estructuras de este mundo. El creyente, en cambio, aunque no permanece ajeno al sufrimiento ni indiferente al dolor de la creación, vive esta misma realidad desde una esperanza distinta. Gime con el mundo que espera la redención (cf. Rom 8:22), pero su confianza no está anclada en lo pasajero, sino en el Señor que reina sobre la historia. Por ello, incluso en medio de la aflicción, no se entrega al pánico ni a la desesperación. Su vida está segura en Cristo, y su esperanza descansa en promesas eternas que no se quiebran cuando todo lo demás parece tambalearse. En Adviento, esta esperanza se convierte en testimonio silencioso y firme de que Dios sigue siendo fiel, y de que su Reino no puede ser sacudido.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿En qué momentos de incertidumbre revelo, con mis pensamientos y decisiones, que mi confianza está más puesta en las seguridades de este mundo que en la providencia soberana de Dios?
- ¿Cómo se manifiesta en mi vida diaria la diferencia entre el temor que gobierna al mundo y la esperanza firme que profeso tener en Cristo?

Aplicaciones prácticas:

- **Cultiva una esperanza visible:** en medio de la angustia colectiva, afirma deliberadamente tu confianza en Dios mediante la oración, el testimonio sereno y una conducta marcada por la paz que procede de Cristo y de una estrecha comunión con Él.
- **Practica la compasión sin temor:** acompaña y sirve a quienes sufren, compartiendo su dolor con misericordia, pero sin permitir que la desesperanza del mundo determine tu fe ni apague la certeza de las promesas eternas de Dios.

1. 3. Las crisis revelan dónde hemos puesto nuestra confianza.

Cuando todo a nuestro alrededor parece estremecerse y las seguridades humanas se resquebrajan, sale a la luz con mayor claridad aquello sobre lo cual realmente hemos edificado nuestra vida. En la Escritura, las crisis nunca aparecen como simples accidentes sin sentido, sino como momentos de revelación y discernimiento. Los profetas anuncian repetidamente que el Señor sacude lo que es frágil para mostrar la vanidad de los apoyos humanos y conducir a su pueblo de nuevo a la roca firme de su fidelidad (cf. Is 28:16; Sal 62:2). En el trasfondo de las palabras de Jesús resuena esta misma convicción, **aquello que no está fundado en Dios no puede permanecer**. El lenguaje de la conmoción cósmica prepara el terreno para una evaluación espiritual más profunda, pues lo que es pasajero se desmorona, mientras que lo que procede de Dios se revela inmovible.

Desde esta perspectiva, el Adviento interpreta las convulsiones de la historia como una llamada pastoral a examinar dónde descansa nuestra confianza última. El Nuevo Testamento retomará esta imagen al afirmar que **solo el Reino de Dios “no puede ser sacudido” (cf. Heb 12:28)**, y que Cristo es la piedra angular sobre la cual se edifica una esperanza que no defrauda. En el texto lucano, la expectativa angustiada del mundo contrasta con la seguridad que brota de la fe en el Señor que viene. Así, las crisis se convierten en un espacio de gracia, donde el creyente es invitado a abandonar seguridades ilusorias, a renunciar a todo apoyo efímero y a afirmarse con humildad y perseverancia en la Palabra que permanece para siempre (μένει εἰς τὸν αἰῶνα, ménei eis tón aiôna). En medio de la incertidumbre, el Adviento forma un pueblo que aprende a descansar no en la estabilidad aparente de este siglo, sino en la fidelidad inquebrantable de Dios, sabiendo que todo lo edificado sobre Cristo permanece, aun cuando todo lo demás pase.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Qué fundamentos quedan al descubierto en mi vida cuando enfrento crisis, pérdidas o incertidumbre: descanso realmente en Cristo o en seguridades pasajeras que no pueden sostenerme?
- ¿Cómo revelan mis reacciones ante el cambio y la inestabilidad del mundo dónde he puesto mi confianza última y aquello que gobierna mi corazón?

Aplicaciones prácticas:

- **Examina y reordena tus fundamentos:** dedica tiempo a la oración y a la reflexión bíblica para identificar aquellas “seguridades” que han ocupado el lugar de Dios, y entrégalas conscientemente al Señor, afirmando tu vida nuevamente sobre Cristo, la roca inconmovible.
- **Descansa activamente en la fidelidad de Dios:** frente a la incertidumbre, elige practicar una confianza perseverante, expresada en obediencia cotidiana, esperanza firme y una paz que da testimonio de que tu vida está edificada sobre el Reino que no puede ser sacudido.

2. El llamado del señor: “ergüios y levantad vuestra cabeza” (v. 27-28).

²⁷ Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria. ²⁸ Cuando estas cosas comiencen a suceder, ergüios y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca.

En medio de la conmoción descrita en los versículos anteriores, el discurso de Jesús introduce un giro decisivo, el foco ya no está en las señales, sino en **la revelación del Hijo del Hombre**. “Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria” (v. 27). Esta imagen remite de manera explícita a **Daniel 7:13–14**, donde el “Hijo del Hombre” recibe dominio eterno, gloria y reino de parte del Anciano de días. Lucas, al recoger esta tradición, presenta a Jesús no solo como el juez escatológico, sino como el Rey entronizado cuya venida manifiesta públicamente un señorío que ya le pertenece.

Es en este contexto que resuena el imperativo pastoral y escatológico: **ἀνακύψατε καὶ ἐπάρατε τὰς κεφαλὰς ὑμῶν** (“ergüios y levantad vuestra cabeza”). Ambos verbos están en **aoristo imperativo**, lo que indica una acción decisiva y deliberada, no una emoción pasajera, sino una postura consciente del creyente ante la historia. Lejos de fomentar arrogancia o evasión, el mandato del Señor convoca a una **esperanza sobria y vigilante**, propia del Adviento, fundada en la certeza de que la historia no avanza hacia el caos, sino hacia la manifestación gloriosa de Cristo. Levantar la cabeza es el gesto del pueblo que sabe que su **ἀπολύτρωσις** (redención, liberación definitiva) está cercana, y que, por tanto, puede atravesar la tribulación sin sucumbir al miedo.

2.1. Erguirse es resistir el abatimiento espiritual.

El verbo ἀνακύντω ("erguirse") aparece en la Escritura con el sentido de salir de una postura encorvada o abatida, y evoca una restauración de la dignidad perdida. En el Antiguo Testamento, la imagen de levantar al que está postrado es signo de la acción salvadora de Dios (cf. Sal 146:8; Is 40:31). Así, cuando Cristo llama a sus discípulos a erguirse, los convoca a **resistir el abatimiento interior** que nace del temor, de la resignación o del cinismo espiritual.

Erguirse no es un gesto de autosuficiencia, sino un acto de **obediencia confiada**, el creyente se levanta porque Dios ha hablado y porque su Palabra permanece firme. En un mundo sacudido por la incertidumbre, erguirse es confesar que el Señor reina, que su obra no ha sido interrumpida y que su fidelidad no ha sido debilitada por las crisis históricas. Es una postura espiritual que afirma, con humildad y convicción, que la esperanza cristiana no depende de la estabilidad del presente, sino de la fidelidad eterna de Dios, quien cumple aquello que ha prometido.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿De qué maneras permito que el temor, la resignación o el cinismo influyan en mi vida espiritual, debilitando mi confianza en la obra viva y presente de Dios?
- ¿Mi actitud ante la incertidumbre revela una obediencia interior que se afirma en la verdad del Evangelio, o una fe que se deja abatir por las circunstancias?

Aplicaciones prácticas:

- **Ejercita la obediencia de la esperanza:** cuando surjan el desánimo o la confusión, afirma deliberadamente tu fe mediante la oración, la meditación en la Palabra y la confesión consciente de las promesas de Dios.
- **Da testimonio con una vida erguida:** permite que tu manera de vivir — en palabras, decisiones y actitudes— proclame con humildad y firmeza que **tu Redentor vive y está obrando**, aun en medio de las pruebas y sacudidas del presente.

2.2. Levantar la cabeza es mirar más allá de lo visible.

El mandato ἐπάρατε τὰς κεφαλὰς ὑμῶν ("levantad vuestra cabeza") expresa una orientación deliberada de la mirada. En la Escritura, levantar la cabeza es signo de restauración, de honor recibido y de confianza renovada (cf. Sal 3:3; Sal 110:7). En el contexto lucano, esta acción no implica ignorar la gravedad del presente, sino **reorientar la percepción de la realidad** a la luz del señorío de Cristo.

El Adviento educa precisamente esta mirada teologal. El creyente no interpreta la historia únicamente desde una perspectiva horizontal, limitada a los acontecimientos visibles, sino desde la certeza de que Cristo está entronizado y gobierna todas las cosas. Levantar la cabeza es mirar hacia el Hijo del Hombre que viene en gloria, reconociendo que el sentido último de la historia no se encuentra en los vaivenes de las naciones, sino en el Reino que Dios establece y consume. Esta mirada elevada sostiene la vigilancia cristiana y permite vivir la espera no con ansiedad, sino con una esperanza activa y perseverante.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Desde dónde interpreto habitualmente la realidad que me rodea: desde una mirada meramente horizontal, condicionada por lo visible y lo inmediato, o desde una fe que eleva el corazón hacia Cristo entronizado?
- ¿Qué circunstancias presentes tienden a absorber mi atención y a disminuir mi confianza en el señorío de Cristo sobre la historia y sobre mi propia vida?

Aplicaciones prácticas:

- **Cultiva una mirada teologal:** dedica tiempos intencionales de oración y meditación en la Palabra para aprender a contemplar los acontecimientos a la luz del reinado soberano de Cristo, afirmando que nada escapa a su gobierno.
- **Vive con esperanza perseverante:** en medio de la espera y la vigilancia del Adviento, permite que la contemplación de Cristo glorificado modele tus actitudes, de modo que tu vida sea un testimonio de paz, confianza y firme esperanza en Aquel que ha vencido al mundo.

2.3. La redención está cerca: Cristo gobierna y volverá.

La razón última del llamado del Señor se expresa con claridad: **ἐγγίζει ἡ ἀπολύτρωσις ὑμῶν** ("vuestra redención está cerca"). El término **ἀπολύτρωσις** (apolýtrōsis, redención) remite al lenguaje del Éxodo y del rescate del pueblo de la esclavitud (cf. Ex 6:6; Is 43:1), y en el Nuevo Testamento designa la liberación plena que Dios realiza en Cristo. Esta redención es ya una realidad inaugurada por la cruz y la resurrección, pero espera su consumación en la venida gloriosa del Señor.

Así, la esperanza cristiana no es evasión ni consuelo ilusorio, sino certeza fundada en la fidelidad de Dios. El mismo Cristo que vino en humildad para redimir a su pueblo reina ahora a la diestra del Padre y volverá para manifestar visiblemente su Reino. En el Adviento, la Iglesia vive en esta tensión fecunda entre el "ya" y el "todavía no", perseverando en la fe y en la obediencia, sostenida por la promesa segura de Aquel que es el Alfa y la Omega. La cercanía de la redención no induce

pasividad, sino vigilancia confiada, porque el Señor que viene es el mismo que gobierna y cumple infaliblemente su Palabra.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Cómo influye la certeza de que Cristo reina ahora y volverá en gloria en la manera en que enfrente las pruebas, decisiones y responsabilidades del presente?
- ¿Mi esperanza en la redención futura se manifiesta en una vida de fe obediente y perseverante, o se reduce a una expectativa distante sin impacto en mi caminar diario?

Aplicaciones prácticas:

- **Vive con santa expectación:** ordena tu vida, tus prioridades y tus afectos a la luz del reinado presente de Cristo y de su retorno glorioso, cultivando una obediencia que brota de la esperanza y no del temor.
- **Afirma tu confianza en la fidelidad de Dios:** en medio de la inestabilidad del mundo, recuerda deliberadamente las promesas cumplidas en Cristo y confía tus inquietudes al Señor en oración, **descansando en la certeza de que Aquel que prometió es fiel para cumplir.**

3. La lección de la higuera (vv. 29–31). ²⁹ También les dijo una parábola: Mirad la higuera y todos los árboles. ³⁰ Cuando ya brotan, viéndolo, sabéis por vosotros mismos que el verano está ya cerca. ³¹ Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios.

La parábola de la higuera que el Señor propone introduce una enseñanza marcada por la claridad pedagógica y la esperanza sobria. Jesús apela a una experiencia común y accesible —la observación del ciclo de los árboles— para instruir a sus discípulos en el discernimiento espiritual. Así como el brotar de la higuera y de los demás árboles anuncia con certeza la cercanía del verano, de igual modo los acontecimientos que sacuden la historia deben ser leídos como señales del obrar activo de Dios. El verbo imperativo **ἴδετε** (“mirad”) no invita a una simple observación pasiva, sino a una atención vigilante y reflexiva, capaz de interpretar la realidad a la luz de la revelación.

En el Antiguo Testamento, la higuera aparece con frecuencia como símbolo del pueblo y del tiempo de bendición prometida por Dios (cf. Os 9:10; Miq 4:4; Zac 3:10). Su brotar señala restauración, paz y cumplimiento. Al retomar esta imagen, Cristo no convoca a la especulación cronológica ni a la ansiedad escatológica, sino a una fe madura que reconoce los “brotes” del Reino ya presente y aún por consumarse. Cuando Jesús afirma que, al ver estas cosas, debemos saber que “está cerca el Reino de Dios”, emplea el adverbio **ἐγγύς**, que indica proximidad real y

efectiva, no mera posibilidad. El Reino no es una idea distante, sino una realidad que se aproxima y se manifiesta progresivamente en la historia bajo la soberanía de Dios.

Así, la Iglesia aprende en Adviento a vivir con una esperanza paciente y discerniente, convencida de que Dios no está ausente ni inactivo, sino conduciendo todas las cosas hacia la plenitud de su propósito redentor. Cada brote visible, por pequeño que parezca, es testimonio fiel de que el Reino avanza con firmeza y de que la promesa divina no falla.

3.1. La creación misma habla; Dios no actúa en silencio.

La enseñanza de Jesús presupone una convicción profundamente bíblica: **la creación participa como testigo del obrar de Dios**. Desde los Salmos, la Escritura proclama que “los cielos cuentan la gloria de Dios” (Sal 19:1) y que la historia creada no es muda ni indiferente a la acción divina. Cuando los árboles brotan y las estaciones cambian, no se trata de fenómenos aislados, sino de signos inscritos en un orden sostenido por la providencia. De igual manera, los movimientos de la historia humana, aun cuando parecen convulsos, están bajo el gobierno del Creador que conduce todas las cosas hacia su fin.

El lenguaje de Jesús afirma que Dios no actúa en silencio ni al margen de la historia. Las señales no son mensajes cifrados reservados a unos pocos, sino llamados visibles al discernimiento espiritual. **En la tradición profética, las conmociones de la creación suelen acompañar los actos decisivos de Dios (cf. Is 13:10; Joel 2:30–31), no como expresión de caos, sino como manifestación de su señorío**. Así también, los signos mencionados por Cristo deben ser entendidos como parte de un proceso ordenado que culmina en la manifestación plena del Reino.

Por ello, el creyente es exhortado a leer los acontecimientos no desde el desconcierto ni el fatalismo, sino desde la confianza en el Dios que habla y actúa a través de la historia que Él mismo sostiene. La creación, lejos de ser un escenario neutral, se convierte en un lenguaje pedagógico mediante el cual Dios llama a su pueblo a la vigilancia, a la conversión y a la esperanza.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿De qué manera interpreto los acontecimientos que sacuden al mundo: como hechos aislados y caóticos, o como llamados de Dios que me invitan a la vigilancia, al discernimiento y a la esperanza?
- ¿Permito que la Palabra revelada sea el criterio principal para leer los “signos de los tiempos”, o dejo que mis percepciones estén dominadas por el temor, la confusión o las narrativas del mundo?

Aplicaciones prácticas:

- **Aprende a escuchar la voz de Dios en la historia y la providencia:** cultiva una vida de oración y estudio bíblico que te ayude a reconocer que Dios sigue hablando y obrando en medio de los acontecimientos, afirmando tu confianza en su providencia soberana.
- **Vive con esperanza atenta:** responde a las sacudidas del mundo no con indiferencia ni con miedo, sino con una fe vigilante y una obediencia diligente que confía en que cada movimiento de la historia está orientado al cumplimiento fiel del Reino de Dios en Cristo y que tú eres un instrumento en la construcción de este.

3.2. Los creyentes deben tener una sensibilidad espiritual afinada.

La parábola de la higuera presupone una capacidad aprendida, saber interpretar correctamente lo que se ve. Jesús afirma que, al observar los brotes, “sabéis por vosotros mismos” (**γινώσκετε ἅφ’ ἑαυτῶν**) que el verano está cerca. Este conocimiento no es automático, sino fruto de la atención y de la experiencia. Del mismo modo, **el discernimiento espiritual no surge de la mera información, sino de una sensibilidad formada por la Palabra de Dios y sostenida por la fe.**

La Escritura advierte repetidamente contra una percepción endurecida o insensible a la obra divina (cf. Is 6:9–10). Por el contrario, **el pueblo del pacto es llamado a tener un corazón atento, capaz de reconocer los caminos del Señor incluso cuando estos no coinciden con las expectativas humanas.** En Adviento, esta sensibilidad se vuelve particularmente necesaria, pues el Reino de Dios avanza de manera humilde y, a menudo, discreta, tal como lo hizo en la primera venida de Cristo.

Una sensibilidad espiritual afinada preserva al creyente del pánico y del desaliento, porque le permite interpretar las crisis no como señales de abandono, sino como escenarios en los que Dios continúa obrando. Formada por la Escritura, esta mirada capacita a la Iglesia para vivir en vigilancia serena, obediente y esperanzada, confiando en que el Señor reina y que su propósito redentor no se ve frustrado por las sacudidas del mundo.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Desde qué criterio interpreto los acontecimientos de mi vida y del mundo: desde la Palabra de Dios o desde el temor, la incertidumbre y las categorías propias de este siglo?

- ¿Qué evidencias hay en mi caminar cristiano de una sensibilidad espiritual formada por la Escritura y no solo por la opinión o la reacción inmediata ante las crisis?

Aplicaciones prácticas:

- **Forma tu discernimiento en la Palabra:** establece un hábito constante de lectura siguiendo el leccionario, meditación y oración con las Escrituras, pidiendo al Espíritu Santo que afine tu sensibilidad espiritual para reconocer el obrar de Dios en toda circunstancia.
- **Responde con fe vigilante y serena:** frente a los cambios y crisis, elige conscientemente actuar desde la confianza en el reinado de Cristo, evitando el pánico y presentando todas tus dudas y temores ante el trono de la gracia.

3.3. El Reino de Dios no es un concepto abstracto, sino una realidad creciente.

La afirmación final de Jesús —“sabed que está cerca el Reino de Dios”— sitúa el discernimiento de los signos en un marco profundamente cristológico y escatológico. El Reino no es una noción abstracta ni una proyección ideal del futuro, sino una realidad viva que ha sido inaugurada en la persona y la obra de Cristo. Desde la predicación inicial del Evangelio, el Reino es proclamado como cercano y operante (cf. Mc 1:15), y su crecimiento, aunque a veces imperceptible, es real y eficaz.

La parábola de la higuera subraya el carácter progresivo del obrar de Dios. Así como el verano no irrumpe de manera abrupta, sino que se anuncia mediante señales visibles, el Reino avanza a través de etapas discernibles dentro de la historia. El Antiguo Testamento anticipa este dinamismo al hablar de un reinado de Dios que se establecerá plenamente al final de los tiempos, pero que ya se deja entrever en actos de justicia, restauración y fidelidad (cf. Dan 7:13–14).

En Adviento, la Iglesia confiesa que este Reino ya ha sido inaugurado en Cristo y que será consumado en su venida gloriosa. Vivir a la luz de esta verdad permite al creyente perseverar con paciencia y confianza, sabiendo que cada brote es una señal fiel de que Dios está obrando y de que su propósito redentor avanza de manera irreversible hacia la victoria final en Jesucristo, Rey que vino, que reina y que vendrá.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Vivo mi fe considerando el Reino de Dios como una realidad presente y creciente que transforma mi manera de pensar, actuar y esperar, o lo reduzco a una esperanza futura sin impacto en mi vida cotidiana?

- ¿Reconozco y agradezco los “brotes” del Reino de Dios —por pequeños que parezcan— en mi vida, en la Iglesia y en el mundo, o me desaliento por la aparente lentitud de su manifestación plena?

Aplicaciones prácticas:

- **Vive con paciencia y fidelidad:** persevera en la obediencia diaria, aun cuando no veas resultados inmediatos, confiando en que Dios obra de manera progresiva y que cada acto de fidelidad es un fruto real del Reino que avanza.
- **Da testimonio del Reino con esperanza gozosa:** permite que tu vida refleje la certeza de que Cristo reina y conduce la historia, viviendo con confianza, gratitud y compromiso, como señal visible de que el Reino de Dios ya está obrando y se encamina con seguridad hacia su consumación gloriosa.

4. El cielo y la tierra pasarán, pero su palabra permanece (v. 33). ³³ El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

La declaración solemne de Jesucristo —«ὁ οὐρανὸς καὶ ἡ γῆ παρελεύσονται, οἱ δὲ λόγοι μου οὐ μὴ παρελεύσονται»— nos sitúa en el corazón mismo de la esperanza cristiana y establece el fundamento inquebrantable para la vida de la Iglesia en medio de un mundo marcado por la fragilidad y el cambio. El contraste es deliberado y radical, aquello que, a los ojos humanos, parece más estable y permanente —el cielo y la tierra— es declarado transitorio, mientras que la Palabra de Cristo es afirmada como absolutamente perdurable. El doble negativo enfático **οὐ μὴ** subraya con fuerza la imposibilidad de que sus palabras perezcan: **no pasarán bajo ninguna circunstancia.**

Este lenguaje remite directamente a la tradición profética del Antiguo Testamento, donde la permanencia de la Palabra divina se contrasta con la caducidad de la creación, “**La hierba se seca, la flor se marchita, pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre**” (Is 40:8). En Adviento, esta afirmación adquiere una densidad particular, pues la Iglesia espera al Señor en un mundo inestable, sabiendo que su promesa no está sujeta a los vaivenes de la historia. La Palabra que llamó al mundo a la existencia es la misma que sostiene a la Iglesia en la espera y la conduce con fidelidad hacia la consumación del Reino. Así, el creyente es invitado a edificar su vida no sobre realidades transitorias, sino sobre la verdad eterna del Señor que habla y cumple lo que promete.

4.1. Todo lo creado es transitorio.

La afirmación de que “el cielo y la tierra pasarán” no niega la bondad de la creación, sino que recuerda su carácter finito y derivado. La Escritura es constante en afirmar que todo lo creado está sujeto al tiempo y al desgaste (cf. Sal 102:25–27), y que incluso los elementos más firmes del orden cósmico no poseen en sí mismos

permanencia absoluta. Esta conciencia dismantela toda pretensión idolátrica de convertir las realidades temporales —naciones, sistemas, logros humanos o incluso épocas históricas— en fundamentos últimos de seguridad.

Desde una perspectiva pastoral, esta verdad libera al creyente tanto del apego desordenado como de la desesperación. Si todo lo creado es transitorio, entonces ninguna crisis tiene la última palabra, pero tampoco ninguna prosperidad puede erigirse como definitiva. En Adviento, la Iglesia confiesa que la historia no se dirige hacia el caos ni hacia el vacío, sino hacia la renovación de todas las cosas en Cristo. Reconocer la transitoriedad de la creación no conduce al cinismo, sino a una esperanza sobria y confiada, fundada en el Dios eterno cuyo Reino no puede ser sacudido.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Qué es aquello en lo que tiendes a confiar cuando te encuentras en dificultades u observas las incertidumbres del mundo?
- ¿Cómo traes consuelo, paz y esperanza a tu alma cuando cruzas por las olas turbulentas de la vida?

Aplicaciones prácticas:

- **Memoriza textos bíblicos que hacen referencia a las promesas de Dios.** La memorización de la Sagrada Escritura es un ejercicio diario que te ayuda a vencer en las batallas mentales que puedas librar ante la duda, la tentación y la incertidumbre.
- **Práctica la oración con la Sagrada Escritura.** Lee los Salmos con la intención deliberada de entender la forma sobria, solemne y sincera con la que se dirigen los salmistas al Señor, usas sus oraciones como oraciones personales.

4.2. La Palabra de Cristo es absolutamente confiable.

En marcado contraste con la caducidad de la creación, Jesús afirma la permanencia absoluta de sus palabras. No se trata simplemente de enseñanzas sabias o de principios morales duraderos, sino de la Palabra del Hijo eterno, que comparte la autoridad misma de Dios. En el horizonte bíblico, la Palabra de Dios no es solo informativa, sino performativa, **hace lo que dice (cf. Is 55:10–11)**. Por ello, cuando Cristo habla, sus palabras no dependen de las circunstancias para cumplirse, sino que determinan el curso de la historia.

Esta afirmación sostiene profundamente la espiritualidad del Adviento. La Iglesia espera no sobre la base de probabilidades humanas, sino sobre la fidelidad de aquel que ha hablado. Así como las promesas antiguas se cumplieron en la encarnación

del Verbo, las promesas futuras se cumplirán en su venida gloriosa. La Palabra de Cristo permanece firme cuando las voces del mundo se contradicen, cuando las seguridades humanas se desmoronan y cuando el futuro parece incierto. Quien confía en esta Palabra descansa en una autoridad que no fluctúa y en una promesa que no falla.

Preguntas escudriñadoras:

- Cuando las circunstancias se tornan inciertas o adversas, ¿en qué medida mi corazón descansa realmente en las promesas de Cristo y no en seguridades humanas, opiniones mayoritarias o recursos temporales?
- ¿Revelo con mis decisiones diarias que creo que la Palabra de Jesús es inmutable y soberana, o actúo como si su autoridad pudiera ser relativizada por los cambios culturales y las presiones de la época?

Aplicaciones prácticas:

- En tiempos de prueba y confusión, ejercitémonos deliberadamente en acudir a las promesas de Cristo mediante la lectura perseverante de la Escritura y la oración confiada, **recordando que nuestra estabilidad espiritual no depende de la situación externa, sino de la fidelidad del Señor que ha hablado.**
- Vivamos con una obediencia firme y esperanzada, aun cuando el entorno sea hostil o incierto, dando testimonio con nuestras palabras y acciones de que creemos que Cristo reina con toda autoridad y que su Palabra sigue siendo nuestra roca segura ayer, hoy y por los siglos.

4.3. La perseverancia del creyente se sostiene en la permanencia de la Palabra.

La perseverancia cristiana no brota de la fortaleza interior del creyente ni de su capacidad para resistir las pruebas, sino de la fidelidad de la Palabra en la que ha puesto su esperanza. En un mundo saturado de discursos cambiantes, el pueblo de Dios es llamado a volver una y otra vez a la Escritura como a su ancla segura. El verbo **μῆναι** —“permanece”—, tan central en el testimonio bíblico, expresa esta estabilidad activa: **la Palabra no solo subsiste, sino que sostiene y guarda a quienes confían en ella.**

Por ello, leer, meditar y obedecer la Palabra no es un ejercicio devocional accesorio, sino el medio ordinario por el cual el Espíritu Santo preserva a la Iglesia en la fe. En Adviento, esta perseverancia se vuelve particularmente necesaria, pues la espera puede ser larga y el mundo ruidoso. Sin embargo, quienes se afirman en la Palabra que no pasa aprenden a vivir con paciencia, esperanza y obediencia fiel, sabiendo que el Señor cumple lo que promete.

En este sentido, resulta profundamente iluminadora la intuición de san Agustín: *"Nuestras almas son moldeadas por aquello en lo que esperan; si esperan en Dios, se vuelven firmes como Él es firme."* La exhortación de Cristo apunta precisamente a esto, **anclar la esperanza en su Palabra para permanecer firmes hasta el fin, seguros de que, cuando todo lo demás pase, Él seguirá siendo fiel.**

Preguntas escudriñadoras:

- Cuando enfrento confusión, temor o cansancio espiritual, ¿a qué voces recurro primero para orientar mi corazón: al **"Así dice el Señor"** revelado en la Escritura, o a las opiniones, noticias y rumores que dominan el mundo?
- ¿Mi perseverancia cristiana se evidencia en una vida sostenida por la lectura, meditación, oración y obediencia a la Palabra, o he reducido mi relación con ella a un hábito ocasional y superficial?

Aplicaciones prácticas:

- Cultivemos una disciplina espiritual constante que nos lleve diariamente a la Palabra de Dios, no solo para informarnos, sino para ser formados por ella, permitiendo que modele nuestra esperanza, fortalezca nuestra fe y afirme nuestra perseverancia en Cristo. El Libro de Oración Común es una herramienta que nos ayuda a leer la Biblia diariamente en espíritu de oración.
- Lee cada día tu Biblia, anota en tu diario de devociones los versículos claves de cada capítulo, y escribe una reflexión de aquello que el Espíritu te está diciendo por medio de la Palabra.

Conclusión:

Las palabras que nuestro Señor dirige a la Iglesia en este Segundo Domingo de Adviento no tienen como propósito infundir temor ni alimentar la ansiedad del corazón humano, sino formarnos en una esperanza madura, vigilante y profundamente arraigada en la fidelidad de Dios. Cristo no describe las convulsiones del mundo para paralizar a sus discípulos, sino para enseñarles a vivir con los ojos abiertos, el corazón firme y la mirada elevada.

En un mundo que se sacude y en el que tantas seguridades humanas se desmoronan, el Señor nos llama a una forma de vida distinta, marcada por la fe y el discernimiento. Nos invita a **leer los acontecimientos con sabiduría espiritual**, reconociendo que las señales no son expresión de un caos sin sentido, sino advertencias y consuelos que nos recuerdan que Dios sigue gobernando la historia. Nos exhorta a vivir **con esperanza cierta y confiada**, porque nuestra redención no es una ilusión lejana, sino una promesa cercana y segura en Cristo. Nos forma para ejercer un **discernimiento espiritual atento**, capaz de reconocer los brotes

del Reino que ya está obrando, de modo que nada de lo que sucede nos tome por sorpresa ni nos arrastre al temor. Y, sobre todo, nos afirma en un **fundamento inconmovible**, pues el cielo y la tierra pasarán, pero su Palabra no pasará; y esa Palabra es la roca sobre la cual descansa nuestra fe y nuestra perseverancia.

Así, frente a un mundo que baja la mirada por miedo y se consume en la angustia, el Señor nos dirige hoy una exhortación llena de autoridad y consuelo: «*Erguíos y levantad vuestra cabeza*». No porque las circunstancias sean fáciles, sino porque aquel que prometió volver es fiel. **En la espera del Adviento, la Iglesia aprende a caminar sin pánico, a velar sin desesperación y a esperar con gozo sobrio, sabiendo que la Palabra que se hizo carne y habitó entre nosotros permanece para siempre y conducirá la historia —y a su pueblo— hasta la plenitud gloriosa de su Reino.**

Amén.

Estación de Adviento

Tercera Dominica de Adviento



Matteo 11:2-10

DEVOCIÓN — TERCER DOMINGO DE ADVIENTO PREPARADOS PARA EL SEÑOR QUE VIENE

Colecta del día:

OH Señor Jesucristo, que en tu primera venida enviaste tu mensajero a preparar tu camino delante de ti; Concede que los ministros y dispensadores de tus misterios preparen también, y dispongan tu camino, volviendo los corazones de los desobedientes a la sabiduría de los justos, para que en tu segunda venida a juzgar al mundo encuentres que somos un pueblo agradable a tus ojos; Tú que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo siempre, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Meditación:

El tercer domingo de Adviento conduce a la Iglesia hacia el corazón mismo de la espera cristiana, subrayando que no solo aguardamos la venida del Señor, sino que somos activamente preparados por Él para recibirlo. La atención se desplaza del mero anhelo hacia la obra transformadora de Dios en lo íntimo del creyente. La colecta expresa con profundidad esta dinámica al recordar que, así como el Padre envió un mensajero para preparar el camino en la primera venida de Cristo, continúa hoy su obra mediante ministros fieles que, por la proclamación viva y eficaz de la Palabra, allanan los senderos del corazón humano. Adviento se revela así como un tiempo de gracia en el que Dios mismo dispone a su pueblo, corrige lo torcido, levanta lo abatido y despierta una esperanza expectante, para que Cristo encuentre en su Iglesia no solo un pueblo que espera, sino un pueblo preparado para recibirle con fe, arrepentimiento y gozo reverente.

La epístola nos introduce en una verdad central de la tradición reformada y profundamente bíblica: **la Iglesia no es propietaria, sino servidora y administradora de los misterios de Dios (cf. 1 Co 4:1)**. Todo ministerio, toda enseñanza y toda obra realizada en el nombre de Cristo se ejerce bajo esta conciencia de dependencia y responsabilidad ante el Señor. Por ello, el criterio decisivo no es el éxito visible ni la aprobación humana, sino la fidelidad perseverante a la vocación recibida. San Pablo recuerda que el juicio definitivo no pertenece a los hombres ni siquiera a la propia conciencia, sino únicamente al Señor, quien vendrá a iluminar lo oculto y a manifestar las intenciones del corazón. En el tiempo de Adviento, esta enseñanza forma en nosotros una sobriedad espiritual saludable, nos guarda de la autocomplacencia que endurece el alma y del juicio apresurado que usurpa el lugar de Dios. Vivimos así en humilde vigilancia, confiando en que el Señor que viene es justo y misericordioso, y que Él mismo confirmará lo que es verdadero y fiel cuando llegue el día de su manifestación.

El evangelio nos sitúa ante la figura austera y profundamente humana de Juan el Bautista, el mensajero enviado para preparar el camino del Señor, incluso cuando su propia fe es probada por la prisión, el silencio y la incertidumbre. Desde su sufrimiento, Juan no formula una duda incrédula, sino una pregunta nacida de la fidelidad que busca confirmación: **¿es Jesús verdaderamente el que había de venir?** La respuesta del Señor no consiste en una afirmación abstracta, sino en la manifestación concreta de las obras mesiánicas anunciadas por los profetas, **los ciegos ven, los cojos andan, los pobres reciben la buena nueva.** Y, de manera significativa, Jesús añade una bienaventuranza dirigida a todos los tiempos, **"Bienaventurado el que no halle tropiezo en mí"**. De este modo, el Adviento nos educa en una fe perseverante y madura, capaz de descansar en Cristo aun cuando las circunstancias no se ajustan a nuestras expectativas o permanecen envueltas en oscuridad. La espera cristiana no es pasiva ni ingenua, sino obediente y confiada, sostenida por la Palabra y orientada hacia la venida gloriosa del Señor, en quien las promesas de Dios hallan su cumplimiento fiel y definitivo.

En la Tercera Dominica de Adviento, la Iglesia es invitada a contemplar la confluencia armoniosa entre la oración, la fidelidad y la esperanza perseverante. La Colecta implora que el Señor prepare nuestros corazones, así como preparó el camino para su primera venida, recordándonos que la obra de Dios precede siempre a nuestra respuesta y que somos formados por la gracia antes de poder dar fruto. La epístola nos sitúa con sobriedad ante nuestra vocación, **no somos dueños, sino administradores de los misterios de Dios**, llamados a vivir con fidelidad humilde mientras aguardamos el juicio misericordioso del Señor, que sacará a la luz lo oculto y afirmará lo verdadero. El evangelio, por su parte, **nos presenta a Juan el Bautista, fiel aun en la prueba, cuya espera se vive en obediencia confiada más que en certezas visibles**, y nos transmite la bienaventuranza de una fe que no tropieza cuando el camino se oscurece. Así, Adviento se revela como una escuela espiritual donde la Iglesia aprende a esperar siendo preparada, a servir siendo examinada, y a creer aun en medio de la incertidumbre, sostenida por la promesa segura de que el Señor que vino en humildad vendrá también en gloria para cumplir plenamente su obra en nosotros.

Lectura orante de la Epístola:

A la luz de las palabras del apóstol en 1 Corintios 4:1–5, somos llamados a reconocernos con humilde reverencia como servidores de Cristo y fieles administradores de los misterios que Él nos ha confiado, **viviendo no para buscar el favor pasajero de los hombres, sino para agradar al Señor que escudriña los corazones y conoce las intenciones más profundas del alma**; por ello, elevamos nuestra oración suplicando un espíritu fiel, sobrio y humilde, dispuesto a esperar con paciencia la aprobación que procede únicamente de Dios, y finalmente descansamos en santa confianza al contemplar que el juicio definitivo pertenece al

Señor, quien vendrá con perfecta justicia y abundante gracia, sacando a la luz lo oculto y otorgando al creyente la alabanza que nace de su misericordiosa fidelidad.

Lectura orante del Evangelio:

Al contemplar el santo relato de Mateo 11:2–10, somos invitados a leer con reverente atención cómo Juan, desde la oscuridad de la prisión, eleva su pregunta al Mesías, y cómo nuestro Señor responde no con argumentos humanos, sino con las obras visibles del Reino que dan testimonio de su identidad; así, meditamos en la bienaventuranza prometida a quienes no tropiezan en Él, aun cuando la espera se vea marcada por la prueba y la incertidumbre, y en actitud de oración presentamos ante el Señor nuestras dudas, temores y anhelos más profundos, confiando en su fidelidad; finalmente, en serena contemplación, elevamos gratitud al Dios fiel por el mensajero que preparó el camino y por Jesucristo, el Mesías prometido, que ya ha venido en humildad y que vendrá otra vez en gloria para consumir su Reino eterno.

Preguntas de reflexión:

- ¿Vivo mi fe con la conciencia de que soy siervo y administrador delante del Señor que viene a juzgar con justicia?
- ¿Permito que la Palabra de Dios prepare y ordene mi corazón, o resisto su llamado al arrepentimiento y a la obediencia?
- En tiempos de duda o prueba, ¿me mantengo firme en Cristo, o tropiezo al no ver cumplidas mis expectativas?

Aplicaciones devocionales:

- Examina tus motivaciones y prácticas espirituales a la luz del juicio venidero de Cristo, buscando fidelidad más que aprobación humana.
- Dedica tiempo esta semana a escuchar la Palabra con un corazón dispuesto a ser corregido y transformado.
- Vive el Adviento con esperanza gozosa, dando testimonio de una fe que persevera aun en medio de la incertidumbre.

Oración final:

Oh Señor Jesucristo, prepáranos por tu Palabra y por tu Espíritu para esperar tu venida con corazones fieles y obedientes. Haznos siervos humildes y vigilantes, un pueblo agradable a tus ojos, que confía en tu justicia y descansa en tu gracia. A ti sea la gloria, ahora y por los siglos de los siglos.

Amén.

¿ERES TÚ EL QUE HABÍA DE VENIR? SERMÓN PARA LA TERCERA DOMÍNICA DE ADVIENTO

² Y al oír Juan, en la cárcel, los hechos de Cristo, le envió dos de sus discípulos, ³ para preguntarle: ¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro? ⁴ Respondiendo Jesús, les dijo: Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. ⁵ Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; ⁶ y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí. ⁷ Mientras ellos se iban, comenzó Jesús a decir de Juan a la gente: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? ⁸ ¿O qué salisteis a ver? ¿A un hombre cubierto de vestiduras delicadas? He aquí, los que llevan vestiduras delicadas, en las casas de los reyes están. ⁹ Pero ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. ¹⁰ Porque este es de quien está escrito: He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz, El cual preparará tu camino delante de ti" (Mateo 11:2-10).

Introducción:

El Tercer Domingo de Adviento nos introduce en una tensión profundamente humana y espiritualmente honesta: **la distancia entre la promesa que esperamos y la realidad que atravesamos**. Caminamos hacia la Navidad con cantos de gozo y palabras de esperanza, pero también con preguntas que brotan del corazón. No todo es claridad inmediata ni certeza sin fisuras. ¿Qué lugar ocupan nuestras luchas interiores? ¿Qué hacemos con esos momentos en los que la fe parece acorralada, cuando la mente y el alma se sienten encerradas —como tras los muros de una prisión— por el temor, la incertidumbre y un horizonte que se percibe oscuro?

El Evangelio nos presenta hoy a Juan el Bautista, el profeta del Adviento por excelencia, no proclamando con voz potente desde el desierto, sino preguntando desde la cárcel. Aquel que señaló públicamente a Jesús como el Cordero de Dios; el que confesó no ser digno de desatar la correa de sus sandalias; el testigo de la epifanía trinitaria a orillas del Jordán, ahora formula una pregunta cargada de humanidad y verdad: "**¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?**". La voz que preparó el camino no ha perdido la fe, pero sí se atreve a exponer su fragilidad ante el silencio, el sufrimiento y la aparente demora de Dios.

Este pasaje nos recuerda que la fe auténtica no se define por la ausencia de dudas, sino por el lugar al que llevamos nuestras dudas. Juan no se repliega en la amargura ni se abandona a la desesperación; dirige su pregunta a Cristo mismo. Así, el Adviento nos enseña que no somos héroes espirituales ni campeones de la fe, sino discípulos frágiles que solo encuentran descanso, certeza y paz cuando llevan su incertidumbre a la presencia del Señor. En esta santa espera, la Iglesia aprende que incluso desde la prisión —real o interior— la esperanza sigue viva, porque Cristo no rechaza al que pregunta, sino que responde con la fidelidad de sus obras y la luz de su promesa.

1. La pregunta desde la oscuridad (vv. 2–3) ¹² Y al oír Juan, en la cárcel, los hechos de Cristo, le envió dos de sus discípulos, ³ para preguntarle: ¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?" (Mateo 11:2-3).

Desde la penumbra de la prisión, donde el profeta fiel experimenta el peso del encierro y la aparente demora de las promesas, se alza una pregunta que atraviesa el tiempo litúrgico del Adviento y toca la experiencia de todo creyente, «¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?» (οὐ εἶ ὁ ἐρχόμενος, ἢ ἕτερον προσδοκῶμεν;). Juan el Bautista, el mensajero anunciado por Isaías y Malaquías, no interroga desde la incredulidad rebelde, sino desde la tensión santa de una fe probada por el sufrimiento. El participio ὁ ἐρχόμενος ("el que viene") remite directamente a la esperanza mesiánica del Antiguo Testamento (cf. Sal 118:26; Mal 3:1), aquella expectativa del Dios que irrumpe en la historia para juzgar y salvar.

La cárcel no ha extinguido la fe de Juan, pero ha despojado sus expectativas de triunfalismo. El profeta que anunció el hacha puesta a la raíz y el fuego purificador (cf. Lc 3:9, 17) ahora se enfrenta a un Mesías que sana, restaura y proclama buenas nuevas a los pobres. La pregunta, lejos de deshonrar su vocación, revela la profundidad de un corazón que se niega a resolver la tensión en soledad y se vuelve hacia Cristo en busca de confirmación. Así, el Adviento enseña a la Iglesia que la esperanza verdadera no consiste en negar la noche, sino en buscar la luz incluso cuando las circunstancias parecen contradecir lo esperado, confiando en que el Señor que vino en humildad y vendrá en gloria no abandona a los suyos en la hora de la espera.

1.1. Juan conoce las obras, pero vive la prueba

Juan no ignora las obras del Mesías; el texto señala que **"oyó en la cárcel los hechos de Cristo"** (τὰ ἔργα τοῦ Χριστοῦ). El uso del término *ἔργα* no es casual: en la Escritura, las obras de Dios son siempre reveladoras de su identidad y de su fidelidad al pacto (cf. Sal 103:7; Is 35:5–6). Sin embargo, conocer las obras no exime al siervo de atravesar la prueba. La fe de Juan, forjada en el desierto, ahora es afinada en el encierro.

La prisión ha reducido su horizonte, ha silenciado su voz profética y ha confrontado sus expectativas con una realidad marcada por el sufrimiento. En este sentido, Juan se sitúa en la tradición de los profetas del Antiguo Testamento que, aun siendo fieles, conocieron la oscuridad, **Elías bajo el enebro, Jeremías en el calabozo, el salmista que clama desde lo profundo**. La prueba no anula la fe, sino que la desnuda y la purifica. Y precisamente allí se manifiesta la orientación profunda del corazón de Juan, **no se repliega sobre sí mismo ni busca respuestas alternativas, sino que dirige su clamor a Jesús**.

Adviento, entonces, no es solo tiempo de luz creciente, sino también espacio sagrado donde la fe aprende a esperar en la penumbra, donde el creyente enfrenta la demora y el silencio sin renunciar a la confianza. El Señor que vino en humildad y que vendrá en gloria permanece fiel incluso cuando su presencia parece velada y sus promesas tardan en cumplirse.

Preguntas escudriñadoras:

- Cuando la prueba oscurece mi horizonte y Dios parece guardar silencio, ¿a quién dirijo mis dudas y temores: a Cristo, como Juan, o a mis propias interpretaciones y expectativas frustradas?
- ¿Reconozco con humildad que la espera prolongada puede revelar mi fragilidad humana, permitiendo que Dios refine mi fe, o resisto ese proceso buscando respuestas rápidas y alivios inmediatos?

Aplicaciones prácticas:

- En tiempos de sufrimiento y aparente ausencia de Dios, aprendamos a llevar nuestras preguntas directamente a Cristo mediante la oración sincera y perseverante, confiando en que Él acoge nuestras dudas y fortalece nuestra fe en medio de la espera.
- Vivamos el Adviento como un tiempo de esperanza madura, aceptando la demora y el silencio como espacios formativos donde el Señor purifica nuestras expectativas y nos enseña a descansar en su fidelidad aun cuando la respuesta no sea inmediata.

1. 2. La fe que pregunta no es fe perdida

La pregunta de Juan no es un signo de apostasía, sino un acto de fe orientada correctamente. Al enviar a sus discípulos a Jesús, Juan realiza un gesto profundamente teológico, **reconoce que la respuesta a su angustia no se encuentra en el análisis interior ni en el juicio del mundo, sino en la persona del Mesías**. En el trasfondo bíblico, preguntar a Dios es un acto legítimo del creyente fiel (cf. Sal 13; Hab 1:2–3), siempre que la pregunta sea una súplica y no una acusación.

La duda, cuando es llevada al Señor, se transforma en una confesión implícita de confianza. Juan no disfraza su fragilidad con una falsa fortaleza espiritual, sino que la expone ante Cristo, enseñando a la Iglesia que la fe viva no consiste en la ausencia de preguntas, sino en el lugar donde se buscan las respuestas. La tradición pastoral de la Iglesia, en continuidad con esta sabiduría bíblica, recuerda que la certeza cristiana no nace del vaivén de los sentimientos ni de la estabilidad de las circunstancias, sino de la Palabra de Dios, recibida con humildad y sostenida en la comunión del pueblo fiel.

Así, el Adviento nos interpela con ternura y verdad, **también nosotros conocemos cárceles interiores —el miedo, el cansancio del alma, la incertidumbre prolongada— que limitan nuestra visión y ponen a prueba nuestra esperanza.** La cuestión decisiva no es si dudamos, sino qué hacemos con nuestras dudas. Siguiendo el ejemplo de Juan, somos llamados a llevarlas a Cristo, respondiendo al sufrimiento no con el eco del mundo, sino con la Palabra viva de Dios, sabiendo que no estamos solos en la espera y que el Señor sigue respondiendo a su pueblo con fidelidad salvadora.

Preguntas escudriñadoras:

- Cuando enfrento dudas, temores o una profunda angustia espiritual, ¿las llevo con humildad y confianza a Cristo, o permito que se conviertan en aislamiento y desesperanza?
- ¿Estoy edificando mi certeza en la Palabra de Dios recibida y recordada en la fe de la Iglesia, o la apoyo principalmente en mis emociones y circunstancias cambiantes?

Aplicaciones prácticas:

- En medio de la prueba, hagamos el ejercicio consciente de presentar nuestras dudas y luchas directamente a Cristo mediante la oración y la Escritura, confiando en que llevarlas a Él es ya un acto de fe que Él honra y sostiene.
- Alimentemos nuestra esperanza recurriendo a la Palabra de Dios de manera constante, dejándonos acompañar por el testimonio de la Iglesia y de los santos que perseveraron en la oscuridad, para aprender a responder al sufrimiento con fidelidad, paciencia y confianza renovada.

2. La respuesta de Jesús: el evangelio en acción (vv. 4–6). ⁴ Respondiendo Jesús, les dijo: Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. ⁵ Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; ⁶ y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí” (Mateo 11:4-6).

Ante la pregunta que surge desde la oscuridad de la prisión, Jesús responde no con una definición teórica de su identidad, sino con la manifestación concreta del Evangelio en acción. Su respuesta comienza con un mandato significativo, ***“Id y haced saber a Juan las cosas que oís y veis”*** (ἀπαγγείλατε Ἰωάννῃ ἃ ἀκούετε καὶ βλέπετε). El verbo ἀπαγγέλλω implica una proclamación autorizada, casi profética, lo que debe comunicarse no es una opinión, sino un testimonio fiel de lo que Dios está haciendo.

Jesús enumera una serie de obras que no son arbitrarias ni meramente milagrosas, sino profundamente enraizadas en la esperanza del Antiguo Testamento, **los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres se les anuncia el Evangelio**. Esta cadena de acciones remite directamente a Isaías 35:5–6; 61:1 y 26:19, textos que describen la llegada del tiempo mesiánico como una restauración integral de la creación y de la vida humana. Con ello, Jesús afirma que el “siglo venidero” ya ha comenzado a irrumpir en el presente.

La respuesta culmina con una bienaventuranza inesperada: ***“bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí”*** (μακάριός ἐστιν ὃς ἐὰν μὴ σκανδαλισθῇ ἐν ἐμοί). El verbo *σκανδαλίζομαι* alude al escándalo, a la piedra de tropiezo que provoca rechazo o decepción. Jesús reconoce que su modo de ser Mesías puede resultar desconcertante incluso para los fieles, pero declara bienaventurado al que persevera en la confianza. Así, el Adviento nos enseña que la verdadera fe no consiste en entender plenamente los caminos de Dios, sino en no escandalizarse cuando su fidelidad se manifiesta de formas inesperadas, pero profundamente redentoras.

2.1. Jesús responde con hechos, no con argumentos

Jesús no responde a la inquietud de Juan con explicaciones conceptuales ni con defensas apologéticas de su mesianismo. Su respuesta es empírica y teológica a la vez, **señala las obras visibles del Reino como testimonio suficiente**. En la tradición bíblica, las obras de Dios (*ἔργα*) son siempre revelación de su identidad y de su fidelidad al pacto (cf. Sal 145:4–7). Aquí, esas obras muestran que el Reino no es una idea futura, sino una realidad presente que transforma la vida concreta de los seres humanos.

Cada acción mencionada por Jesús comunica restauración, **ver, andar, oír, vivir, recibir buenas noticias**. No se trata solo de sanidades físicas, sino de señales de la reversión de los efectos del pecado y de la muerte. El anuncio del Evangelio a los pobres ocupa un lugar culminante, pues revela el corazón del Reino, Dios se acerca primero a los marginados, a los que no cuentan, a los que no tienen otra esperanza que su gracia. Isaías había anunciado que el Ungido vendría a “evangelizar a los pobres” (Is 61:1), y Jesús declara que esa promesa se está cumpliendo ahora.

De este modo, Cristo invita a una fe que no se sostiene únicamente en afirmaciones verbales, sino en la evidencia de una obra transformadora. El Adviento nos llama a reconocer al Mesías no según nuestras proyecciones o deseos, sino según la fidelidad de Dios que cumple su Palabra con poder salvador y misericordia concreta, incluso cuando ese cumplimiento no adopta las formas que esperábamos.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Busco conocer a Cristo únicamente a través de conceptos y explicaciones, o reconozco su identidad al contemplar su obra redentora obrando en la Escritura y en la vida de su pueblo?
- ¿Permito que las obras del Reino transformen mi manera de ver la realidad, o me aferro a expectativas personales que me impiden reconocer la fidelidad de Dios?

Aplicaciones prácticas:

- En tiempos de duda o incertidumbre, aprendamos a volver a las obras de Cristo reveladas en la Escritura, recordando cómo Dios ha actuado con poder y misericordia en nuestras propias vidas para afirmar nuestra fe.
- Vivamos como testigos del Reino, permitiendo que la gracia recibida en el Evangelio se traduzca en obras de amor, restauración y esperanza que den testimonio vivo de la presencia de Cristo en medio del mundo.

2.2. El Mesías viene de manera inesperada.

La respuesta de Jesús revela un Mesías que descoloca las expectativas religiosas y purifica las esperanzas humanas. Muchos aguardaban una intervención inmediata de juicio y liberación política; Juan mismo había anunciado un Mesías con el bieldo en la mano. Sin embargo, Jesús se presenta primero como el Siervo que restaura, sana y anuncia buenas nuevas. No niega el juicio futuro, pero establece que el tiempo presente es, ante todo, tiempo de gracia.

Este patrón corresponde a la lógica del Antiguo Testamento, donde la obra de Dios avanza frecuentemente de manera paradójica, **el libertador es un pastor, el rey es un siervo, la salvación llega a través de la humillación**. En Jesús se cumple esta dinámica de forma definitiva. El Reino irrumpe no con estruendo, sino con misericordia; no aplastando al quebrantado, sino levantándolo.

Adviento, así, se convierte en una escuela espiritual donde aprendemos a rendir nuestras expectativas al designio soberano de Dios. Reconocer al Mesías que viene de manera inesperada requiere un corazón dócil, dispuesto a confiar cuando Dios actúa fuera de nuestros esquemas. La bienaventuranza final nos recuerda que la fe madura no se escandaliza de la mansedumbre de Cristo, sino que descansa en la certeza de que el Dios que salva lo hace siempre conforme a su sabiduría perfecta y a su amor redentor.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿He condicionado mi fe a la manera en que espero que Dios actúe, o estoy dispuesto a reconocer su obra aun cuando se manifiesta de formas inesperadas?

- ¿Recibo al Mesías que viene con misericordia y gracia, o tropiezo cuando su obrar no coincide con mis deseos de rapidez, control o juicio inmediato?

Aplicaciones prácticas:

- En el tiempo de Adviento, examinemos nuestras expectativas delante del Señor y aprendamos a someterlas a su voluntad, confiando en que su manera de obrar es siempre más sabia y redentora que la nuestra.
- Vivamos reflejando el carácter del Mesías que hemos recibido, extendiendo misericordia, paciencia y gracia a los demás, dando testimonio de un Reino que transforma primero por amor antes que por juicio.

2.3. Bienaventurado el que no tropieza.

«Bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí»: con esta palabra final, sobria y profundamente pastoral, Jesús pronuncia una bienaventuranza que atraviesa el corazón de la fe auténtica. El verbo griego *σκανδαλίζομαι* no alude a una simple duda intelectual, sino al acto de escandalizarse, de tropezar interiormente cuando Dios no actúa conforme a las expectativas humanas. Jesús reconoce, con delicada honestidad, que su modo de ser Mesías puede resultar desconcertante incluso para quienes esperan sinceramente la salvación. Sin embargo, declara dichoso al que persevera en la confianza, aun cuando el obrar divino no coincide con los esquemas, los tiempos o los anhelos personales.

Esta bienaventuranza se inscribe en la gran tradición bíblica del “Mesías piedra de tropiezo”, anunciada ya por Isaías, «piedra de tropiezo y roca de escándalo» (Is 8:14), no porque Dios falle, sino porque el corazón humano busca con frecuencia un salvador a su medida. El tropiezo surge cuando intentamos domesticar a Cristo, reduciéndolo a un solucionador inmediato de problemas o a un instrumento al servicio de nuestras urgencias, en lugar de recibirlo como el Señor soberano que salva por gracia y conduce a los suyos por caminos que trascienden la comprensión humana. La fe bíblica, en cambio, aprende a adorar antes de exigir, a confiar antes de entender plenamente, y a obedecer incluso cuando el sentido del camino se revela solo con el paso del tiempo.

En el contexto del Adviento, esta palabra adquiere un peso formativo decisivo. Esperar al Señor no es simplemente aguardar el cumplimiento de nuestras esperanzas, sino dejarnos purificar por su venida. La bienaventuranza de Jesús nos invita a volver al asombro primero de la gracia, a recordar cómo Él irrumpió en nuestra vida no según nuestros méritos ni previsiones, sino conforme a la misericordia del Padre. Nos llama también a un examen honesto, **¿nos deleitamos en Cristo por quien Él es, o comenzamos a juzgarlo insuficiente cuando su obrar no coincide con lo que esperábamos?**

Así, Adviento forma en la Iglesia una fe madura, humilde y perseverante; **una fe que no se escandaliza del Cristo verdadero, sino que descansa en Él con adoración confiada, sabiendo que el Mesías que vino en humildad y vendrá en gloria es siempre fiel, aun cuando su camino pase por la cruz antes de la plena manifestación del Reino.**

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Estoy siguiendo a Cristo conforme a su revelación bíblica, o he construido expectativas que, al no cumplirse, me llevan a la frustración y al tropiezo espiritual?
- ¿Me gozo en Cristo por quien Él es como mi Redentor, o lo considero insuficiente cuando no responde a mis deseos y tiempos?

Aplicaciones prácticas:

- Examinemos nuestras expectativas a la luz de la Escritura, permitiendo que la Palabra de Dios purifique nuestra imagen de Cristo y nos conduzca a una fe más profunda, viva y verdadera.
- Cultivemos una gratitud constante recordando cómo el Señor nos llamó y nos salvó, renovando el gozo en su gracia y aprendiendo a descansar en Él aun cuando su obrar supere o contradiga nuestros esquemas personales.

3. El testimonio que dios sostiene (vv. 7–10). ⁷ Mientras ellos se iban, comenzó Jesús a decir de Juan a la gente: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? ⁸ ¿O qué salisteis a ver? ¿A un hombre cubierto de vestiduras delicadas? He aquí, los que llevan vestiduras delicadas, en las casas de los reyes están. ⁹ Pero ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. ¹⁰ Porque este es de quien está escrito: He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz, El cual preparará tu camino delante de ti” (Mateo 11:7-10).

Mientras los discípulos de Juan se alejan llevando consigo la respuesta del Señor, Jesús no permite que el silencio que queda sea interpretado como fracaso o deshonra. Por el contrario, se vuelve hacia la multitud y, con autoridad serena, reafirma públicamente el testimonio del profeta probado. Sus preguntas retóricas — «¿Qué salisteis a ver al desierto?»— no buscan información, sino provocar memoria y discernimiento. Juan no fue una *κάλαμος ὑπὸ ἀνέμου σαλευόμενος*, una caña sacudida por el viento, imagen que evoca inestabilidad, oportunismo y falta de convicción. Tampoco fue un hombre de refinamiento cortesano, pues el Reino que anuncia no nace en palacios ni se sostiene con privilegios humanos, sino en la obediencia austera del siervo llamado por Dios.

Jesús afirma sin ambigüedad, Juan es profeta, y más que profeta. Con ello lo inserta directamente en la línea escatológica de las promesas veterotestamentarias, donde

el profeta no solo habla en nombre de Dios, sino que participa activamente en la preparación de su venida. Al citar Malaquías 3:1 —«He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz»—, el Señor declara que el ministerio de Juan no es un episodio aislado, sino el cumplimiento fiel del designio divino. Así, el Adviento nos enseña que Dios no abandona el testimonio de sus siervos cuando atraviesan la noche de la prueba; antes bien, Él mismo los vindica en su tiempo, recordando a la Iglesia que la fidelidad no se mide por la ausencia de fragilidad, sino por la constancia en la vocación recibida.

3.1. Juan no es débil aunque pregunte

El testimonio que Jesús da de Juan corrige una comprensión superficial de la fe. El profeta no es descalificado por haber preguntado; al contrario, es honrado públicamente. La pregunta nacida en la prisión no redefine su identidad ni invalida su llamado. En términos bíblicos, la duda de Juan no es apostasía, sino prueba (*δοκιμή*) que revela la profundidad de una fe que se niega a romper el vínculo con Dios incluso en la oscuridad. El Señor, que escudriña corazones, no juzga a sus siervos por un instante de fragilidad, sino por la orientación fundamental de su vida.

Aquí se manifiesta una verdad pastoral decisiva para la Iglesia en Adviento, **la fe auténtica no es inmunidad al sufrimiento ni certeza permanente sin fisuras, sino perseverancia humilde que se aferra a Dios aun cuando las promesas parecen demorarse**. Como los grandes testigos del Antiguo Testamento —Job, Elías, Jeremías—, Juan experimenta el peso de la espera sin que ello anule la veracidad de su misión. En Cristo, la debilidad no es negada, sino acogida y sostenida por la gracia, recordándonos que nuestra identidad no descansa en la perfección de nuestra respuesta, sino en la fidelidad inquebrantable del Dios que llama.

Preguntas escudriñadoras:

- Cuando atravieso momentos de duda o fragilidad espiritual, ¿creo que Dios me ha descalificado, o descanso en la gracia que sostiene mi llamado?
- ¿Mido mi fidelidad y la de otros por momentos aislados de debilidad, o a la luz de una vida perseverante delante del Señor?

Aplicaciones prácticas:

- En tiempos de debilidad, aprendamos a acudir a Cristo con confianza, sabiendo que Él no desprecia al siervo que lucha, sino que lo sostiene con gracia y lo reafirma en su llamado.
- Cultivemos una mirada pastoral y misericordiosa hacia nosotros mismos y hacia los demás, recordando que la obra de Dios en una vida se mide por su fidelidad a lo largo del tiempo y no por un periodo de prueba y dificultad.

3.2. Juan es el mensajero preparado por Dios

Al identificar a Juan como el mensajero anunciado por la Escritura, Jesús sitúa su ministerio dentro de la economía salvífica de Dios. La cita de Malaquías no es meramente honorífica, sino teológica, **Juan pertenece al umbral entre la promesa y su cumplimiento**. Es el último profeta del Antiguo Pacto y el heraldo inmediato del Reino que irrumpe en Cristo. Su vida, marcada por austeridad, obediencia y sufrimiento, no fue improvisada ni accidental, sino preparada por Dios para un tiempo específico en la historia de la redención.

Este reconocimiento revela una verdad consoladora para la Iglesia que espera, la obra de Dios no depende de la claridad constante de sus mensajeros, ni queda suspendida por sus momentos de oscuridad. **Adviento nos recuerda que Dios permanece fiel a su Palabra incluso cuando sus siervos no alcanzan a comprender plenamente el alcance de lo que anuncian**. Así, somos invitados a vivir con confianza humilde, llevando nuestras preguntas ante el Señor, dejándonos instruir por la Escritura y descansando en la certeza de que el mismo Dios que envía es quien sostiene, guarda y lleva su obra a cumplimiento.

De este modo, el testimonio de Juan se convierte en consuelo y exhortación: **consuelo, porque Dios no abandona a los suyos en la prueba; exhortación, porque la fidelidad verdadera consiste en permanecer en el llamado recibido**, aun cuando el camino atraviesa el desierto, la prisión y el silencio, confiando en que el Señor vindicará su obra en el tiempo señalado.

Preguntas escudriñadoras:

- ¿Llevo mis dudas y preguntas delante del Señor con humildad y confianza, o intento ocultarlas bajo una apariencia de fortaleza espiritual? ¡Sé honesto al orar!
- ¿Descanso verdaderamente en la fidelidad de Dios que obra conforme a su promesa, aun cuando no comprendo plenamente sus caminos? ¡Recuerda que no eres Dios y que no tienes todas las respuestas!

Aplicaciones prácticas:

- Practiquemos una oración honesta y perseverante, presentando al Señor nuestras inquietudes y dejándonos formar por su respuesta revelada en la Sagrada Escritura. Para esto necesitamos crecer en humildad y mansedumbre.
- Vivamos el Adviento con una esperanza humilde y gozosa, reconociendo nuestra debilidad y celebrando que Dios continúa cumpliendo su obra redentora con fidelidad, más allá de nuestras limitaciones personales.

Conclusión:

El mensaje central de este pasaje emerge con claridad serena y con un profundo poder consolador, **Jesucristo es verdaderamente el que había de venir**, incluso —y especialmente— cuando nuestras circunstancias nos conducen a la pregunta, al cansancio o a la espera prolongada. Juan el Bautista, el profeta fiel, nos ha enseñado que la duda nacida en la prueba no es el final de la fe, sino muchas veces el lugar donde esta es purificada y sostenida por la gracia de Dios.

En este Tercer Domingo de Adviento, la Iglesia es invitada a hacer lo mismo que Juan, **llevar sus preguntas directamente a Cristo**. No a resolverlas en el aislamiento del temor, ni a sofocarlas con una espiritualidad fingida, sino a presentarlas ante el Señor que responde con el Evangelio en acción. Jesús no nos ofrece explicaciones abstractas, sino la realidad viva del Reino que irrumpe, **ojos que ven, pasos que se fortalecen, vidas restauradas y buenas nuevas anunciadas a los pobres**. Allí donde Él actúa, la esperanza no es un concepto, sino una experiencia concreta de salvación.

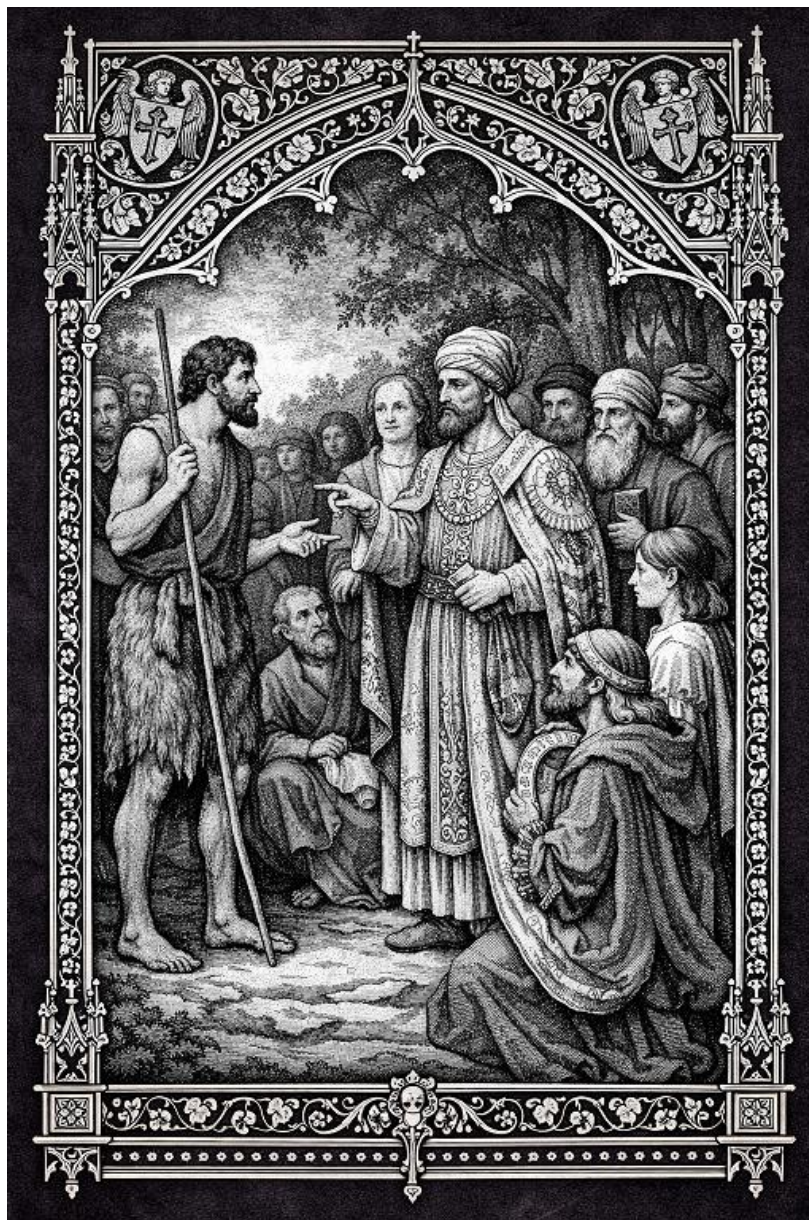
Adviento nos recuerda que Dios no abandona el testimonio de sus siervos ni deja inconclusa su obra. El mismo Señor que sostuvo a Juan en la prisión es el que hoy sostiene a su Iglesia en medio de la espera. La fidelidad de Dios no depende de la fortaleza constante de nuestra fe, sino de su promesa irrevocable cumplida en Cristo. Por eso, la bienaventuranza final resuena como una invitación amorosa y exigente, **"Bienaventurado el que no halle tropiezo en mí"**. No se trata de una fe sin preguntas, sino de una confianza que se niega a escandalizarse del Cristo verdadero, aun cuando Él no actúe según nuestros tiempos o expectativas.

Mientras avanzamos hacia la celebración de la Navidad, aprendemos a esperar no con resignación, sino con esperanza activa; no con certezas humanas, sino con humilde confianza. Cristo ha venido, Cristo viene y Cristo vendrá. Que esta certeza sostenga nuestra espera, renueve nuestro gozo y nos permita descansar en el Mesías que obra fielmente incluso cuando nos encontramos en la "cárcel" de la espera. Que la bienaventuranza del Señor nos acompañe, y que aguardemos su venida con fe perseverante, esperanza viva y corazones rendidos a su gracia.

Amén.

Estación de Adviento

Cuarta Domínica de Adviento



Juan 1:19-28

DEVOCIÓN – CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO EL SEÑOR ESTÁ CERCA

Oración inicial (Colecta del día)

Oh Señor, te rogamos que exaltes tu poder y vengas a socorrernos con tu gran potencia; y ya que por nuestros pecados y maldades nos hallamos abrumados e inhábiles para contender en la carrera que se nos propone, que tu gracia y tu misericordia abundantes prontamente nos libren y ayuden; mediante Jesucristo nuestro Señor, a quien, contigo y el Espíritu Santo, sean dadas honra y gloria eternamente. **Amén.**

Meditación:

En este Cuarto Domingo de Adviento, la Iglesia se sitúa en el umbral inmediato del misterio de la Encarnación. La espera ha sido larga, la promesa ha sido meditada domingo tras domingo, y ahora el clamor se intensifica: **el Señor está por manifestarse**. La Colecta tradicional de este día —“Te suplicamos, Señor, que avives tu poder y vengas, y con gran fuerza nos socorras...”— pone en nuestros labios una confesión profundamente bíblica y espiritualmente honesta, **no podemos rescatarnos a nosotros mismos**. Reconocemos que estamos “abrumados e impedidos por nuestros pecados”, expresión que recoge la enseñanza paulina de que todos están bajo pecado (Rom 3:9) y que la voluntad humana, afectada por la caída, es incapaz de producir por sí sola la justicia que Dios demanda. La súplica no es genérica; es urgente. Pedimos que Él *venga (veni)*, que intervenga soberanamente, que haga por nosotros lo que nosotros no podemos hacer.

Esta oración resuena con los clamores del Antiguo Testamento, “**¡Oh, si rompieses los cielos y descendieras!**” (Is 64:1). Israel sabía que su restauración no vendría de reformas externas ni de alianzas políticas, sino de la irrupción del mismo Dios en su historia. De igual modo, en Adviento la Iglesia reconoce que **la salvación no es el resultado del progreso humano, sino del descenso misericordioso del Señor**. La gracia no es una ayuda suplementaria a nuestras fuerzas; es el poder divino que nos libra “de los peligros que nos rodean” y nos introduce en la libertad de los hijos de Dios. La Encarnación es, por tanto, la respuesta definitiva a la Colecta, **Dios ha venido, y viene, con poder salvador**.

Esta súplica encuentra eco luminoso en la Epístola cuando san Pablo declara: “El Señor está cerca” (Fil 4:5). La expresión griega *ho Kyrios engýs* no alude simplemente a una proximidad emocional o simbólica, sino a una cercanía real y activa. Puede entenderse tanto en sentido escatológico —su retorno glorioso se aproxima— como en sentido sacramental y providencial —su presencia acompaña y sostiene ahora a su pueblo. Esta cercanía fundamenta la exhortación al gozo, “**Regocijaos en el Señor siempre**” (Fil 4:4). No es un optimismo superficial, sino

la alegría que brota de saber que el Dios soberano actúa en favor de los suyos. Pablo no ignora el sufrimiento; escribe desde la prisión. Sin embargo, afirma que la paz de Dios guardará (*phrouresei*, custodiará como una guarnición) nuestros corazones y pensamientos en Cristo Jesús (Fil 4:7). La venida del Señor, por tanto, no depende de nuestra estabilidad espiritual, sino de la fidelidad de su gracia; y su cercanía transforma la ansiedad en oración confiada, porque **“a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”** (Rom 8:28).

El Evangelio nos conduce finalmente a Juan el Bautista, figura culminante del Adviento. Consciente de su pequeñez, rehúsa ocupar el lugar que no le corresponde. Cuando se le pregunta quién es, responde negativamente, **“No soy el Cristo” (Jn 1:20). Se define como “voz” (*phōnē*) que clama en el desierto, evocando Isaías 40:3.** Juan entiende que su identidad está subordinada a la Palabra; él es sonido pasajero, Cristo es el Verbo eterno. Su ministerio es preparatorio, no central; apunta más allá de sí mismo hacia **“uno que está en medio de vosotros, a quien vosotros no conocéis”** (Jn 1:26). Esta afirmación encierra una profunda ironía espiritual, **el Salvador ya está presente, pero no todos lo reconocen.** Así ocurre también en nuestras vidas: Cristo puede estar obrando en medio de nosotros mientras nuestra mirada permanece distraída.

Juan encarna la actitud propia del Adviento, **humildad que reconoce la necesidad de purificación, arrepentimiento que prepara el corazón, y expectación confiada que aguarda la manifestación del Señor.** No pretende salvar; señala al Salvador. No se gloria en su misión; se alegra en disminuir para que Cristo crezca (Jn 3:30). En él vemos que la verdadera preparación para la Navidad no consiste en protagonismo religioso, sino en disposición interior.

Así, en la convergencia armónica de la Colecta, la Epístola y el Evangelio, la Iglesia es formada integralmente en la espiritualidad propia del Adviento. La Colecta nos enseña a clamar con urgencia reverente, **reconocemos que estamos “impedidos por nuestros pecados”** y que solo la intervención poderosa del Señor puede rescatarnos. La Epístola nos instruye a **gozarnos con confianza sobria, “El Señor está cerca”**, no como consuelo ilusorio, sino como realidad redentora que transforma la ansiedad en oración y la inquietud en paz guardada por Dios. El Evangelio, por su parte, **nos llama a señalar con humildad, al igual que Juan el Bautista, no ocupamos el centro**, sino que dirigimos toda atención hacia aquel que ya está en medio de su pueblo.

En esta triple enseñanza aprendemos a vivir correctamente la espera. Clamamos porque sabemos que somos necesitados; nos gozamos porque sabemos que no estamos abandonados; señalamos a Cristo porque sabemos que no somos salvadores. Reconocemos nuestra impotencia no con desesperación, sino con lucidez espiritual; celebramos la cercanía del Señor no con ligereza, sino con gratitud reverente; orientamos nuestra mirada hacia aquel que viene con poder para

socorrernos, sabiendo que su venida es tanto cumplimiento de promesa como manifestación de misericordia.

El Cuarto Domingo de Adviento, en su intensidad final, nos recuerda que la salvación no brota de la iniciativa humana ni del esfuerzo religioso acumulado, sino de la gracia soberana de Dios que desciende. Él irrumpe en la historia cuando los cielos parecen cerrados; Él actúa cuando nuestras fuerzas se agotan; Él permanece cuando todo lo demás es transitorio. La Encarnación no es respuesta a nuestra autosuficiencia, sino a nuestra necesidad. Por eso, mientras la Iglesia se aproxima al misterio del Verbo hecho carne, aprende a esperar no en sí misma, sino en el Dios que viene —vino y vendrá— con poder para salvar.

Lectura orante de la Palabra:

Epístola – Filipenses 4:4–7:

“Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” La exhortación apostólica no es un optimismo superficial ni una negación del sufrimiento; nace desde una prisión y, precisamente por ello, posee un peso espiritual singular. El gozo cristiano no depende de circunstancias favorables, sino de una relación viva con el Señor resucitado. Pablo no dice simplemente “regocijaos”, sino “en el Señor”, indicando que la fuente, el ámbito y la razón del gozo es la comunión con Cristo.

Cuando el apóstol añade: **“El Señor está cerca”**, nos introduce en el corazón mismo del Adviento. Esta cercanía es doble, el Señor está próximo en su presencia providente y está cercano en su venida gloriosa. Esta convicción transforma la ansiedad en súplica confiada. Por eso Pablo exhorta, **“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”**. La oración agradecida es el antídoto contra la inquietud desordenada, porque reconoce que Dios ya está obrando incluso antes de que veamos la respuesta.

La promesa culmina en una paz que **“sobrepasa todo entendimiento”**. No se trata de una simple tranquilidad emocional, sino de la *shalom* mesiánica, **la plenitud que proviene de la reconciliación con Dios**. Esta paz “guardará” (como una guarnición que protege una ciudad) nuestros corazones y pensamientos en Cristo Jesús. En el contexto del Cuarto Domingo de Adviento, aprendemos que la espera cristiana no es nerviosa ni desesperada, sino sostenida por una paz que procede del Dios cercano.

Evangelio – Juan 1:19–28:

El Evangelio nos presenta a Juan el Bautista en diálogo con las autoridades religiosas. Ante la presión de definirse según las expectativas mesiánicas del

momento, Juan responde con una claridad desarmante: “Yo no soy el Cristo”. Tampoco se apropia de títulos gloriosos. Su identidad se resume en ser “**voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor**”, citando al profeta Isaías. Juan entiende que su misión no es atraer miradas hacia sí, sino preparar corazones para Otro.

En esta confesión negativa —“no soy”— se revela una profunda espiritualidad de Adviento. Preparar el camino del Señor implica reconocer quién no somos, para que Cristo sea claramente revelado. El orgullo espiritual y la autosuficiencia impiden discernir la presencia del Mesías que ya está “en medio de vosotros”. La verdadera preparación es interior, arrepentimiento sincero, humildad concreta y una disposición obediente a la Palabra.

El Cuarto Domingo de Adviento nos llama, así, a disponernos con corazones contritos y humillados, no fabricando protagonismos religiosos, sino señalando fielmente al Cordero de Dios. En la escuela de Juan aprendemos que la grandeza del creyente consiste en disminuir para que Cristo crezca, en vaciarnos de pretensiones para ser llenos de gracia. De este modo, mientras la Iglesia se acerca al misterio de la Encarnación, se prepara no con ruido exterior, sino con una interioridad purificada, expectante y reverente ante aquel que viene.

Preguntas para la reflexión:

- ¿Reconozco sinceramente mi necesidad del socorro y la gracia de Dios, o confío en mis propias fuerzas espirituales?
- ¿Mi gozo está anclado en la cercanía del Señor o en las circunstancias cambiantes?
- ¿Estoy viviendo este Adviento como una voz que apunta a Cristo o como alguien que busca su propia afirmación?

Aplicación devocional:

- **Practica la oración confiada:** Presenta cada día tus afanes al Señor con acción de gracias, descansando en su providencia.
- **Cultiva el gozo reverente:** Haz memoria diaria de la fidelidad de Dios, incluso en medio de tus luchas.
- **Ejercita la humildad cristiana:** Permite que tu vida y tus palabras apunten a Cristo, no a ti mismo.

Oración final:

Señor Jesucristo, confesamos que somos débiles y necesitados de tu gracia. Enséñanos a esperar con gozo, a preparar tu camino con corazones arrepentidos y a vivir en la paz que tú nos das. Guarda nuestros corazones y pensamientos

hasta el día de tu gloriosa manifestación. A ti sea la gloria, con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y por los siglos de los siglos.

Amén.

UNA VOZ QUE PREPARA EL CAMINO DEL SEÑOR SERMÓN PARA LA CUARTA DOMÍNICA DE ADVIENTO

“¹⁹ Y éste es el testimonio de Juan, cuando los Judíos enviaron de Jerusalem sacerdotes y Levitas, que le preguntasen: ¿Tú, quién eres? ²⁰ Y confesó, y no negó; mas declaró: No soy yo el Cristo. ²¹ Y le preguntaron: ¿Qué pues? ¿Eres tú Elías? Dijo: No soy. ¿Eres tú el profeta? Y respondió: No. ²² Dijéronle: ¿Pues quién eres? para que demos respuesta á los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo? ²³ Dijo: Yo soy la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo Isaías profeta. ²⁴ Y los que habían sido enviados eran de los Fariseos. ²⁵ Y preguntáronle, y dijéronle: ¿Por qué pues bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta? ²⁶ Y Juan les respondió, diciendo: Yo bautizo con agua; mas en medio de vosotros ha estado á quien vosotros no conocéis. ²⁷ Este es el que ha de venir tras mí, el cual es antes de mí: del cual yo no soy digno de desatar la correa del zapato. ²⁸ Estas cosas acontecieron en Betábara, de la otra parte del Jordán, donde Juan bautizaba” (Juan 1:19–28).

Introducción:

En el santo tiempo de Adviento, la Iglesia no se limita a contemplar con ternura el misterio de la encarnación ni a anticipar con emoción el canto de los ángeles en Belén; se deja interpelar profundamente por una pregunta que atraviesa la Escritura y penetra el corazón: **¿estamos verdaderamente preparados para la venida del Señor?** La liturgia del Cuarto Domingo nos conduce deliberadamente no al pesebre, sino al desierto; no al Niño envuelto en pañales, sino a la figura austera y profética de Juan el Bautista. Antes de mostrarnos al Verbo hecho carne, el Evangelio nos presenta una voz que clama, porque nadie puede recibir rectamente al Cristo que viene sin que primero su corazón sea enderezado.

Juan aparece como el paradigma del auténtico ministerio cristiano. Su misión no consiste en atraer discípulos hacia sí ni en construir una identidad propia basada en reconocimiento o prestigio, sino en señalar con fidelidad al que es mayor que él. Su grandeza radica precisamente en su descentramiento, **“Yo no soy el Cristo”**. En una cultura religiosa que buscaba definiciones claras, títulos solemnes y figuras carismáticas, Juan responde con negaciones que purifican toda expectativa equivocada. No se apropia de honores mesiánicos, no explota la curiosidad de la multitud, no se reviste de importancia. Se define únicamente como “voz”, eco de Isaías, instrumento al servicio de una Palabra que no le pertenece.

Las autoridades religiosas lo interrogan buscando seguridades, categorías comprensibles y una identidad que puedan controlar. Pero Juan rehúsa encajar en esquemas humanos; su identidad está determinada por su vocación, no por la aprobación externa. En este contraste, el Espíritu Santo examina también nuestra

propia vida, **¿buscamos reconocimiento o fidelidad? ¿Queremos ser protagonistas o testigos? ¿Anhelamos que nos miren a nosotros, o que a través de nosotros vean a Cristo?**

Así, el Adviento se convierte en un tiempo de examen sincero. La pregunta no es solamente si creemos en la venida del Señor, sino si estamos dispuestos a disminuir para que Él crezca; si nuestras palabras, decisiones y prioridades están preparando un camino recto en nuestro interior y en nuestra comunidad. Preparar el camino del Señor no es organizar un escenario externo, sino allanar los terrenos del orgullo, enderezar las sendas torcidas del pecado y despejar los obstáculos de la autosuficiencia. Solo un corazón humilde, consciente de quién no es, puede señalar con claridad a aquel que es.

1. La identidad correcta delante de Dios: “Yo no soy el Cristo” (Jn 1:19–21).

“19 Y éste es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas, que le preguntasen: ¿Tú, quién eres? 20 Y confesó, y no negó; mas declaró: No soy yo el Cristo. 21 Y le preguntaron: ¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías? Dijo: No soy. ¿Eres tú el profeta? Y respondió: No”.

El evangelista introduce esta escena con una expresión solemne: **Καὶ αὕτη ἐστὶν ἡ μαρτυρία τοῦ Ἰωάννου** (*Kai haútē estin hē martyría tou Iōánnou*) —“Y éste es el testimonio de Juan”. El término *μαρτυρία* (*martyría*) no alude a una opinión personal, sino a una declaración pública, jurídica y vinculante. Juan no improvisa su identidad; da testimonio bajo la mirada de Dios y ante representantes oficiales del culto de Jerusalén. Su respuesta no es estratégica, sino teológica, una respuesta que demanda verdad íntegra y convicción profunda.

La delegación compuesta por sacerdotes y levitas revela la seriedad del momento. Jerusalén —centro del culto, del sacerdocio y de la esperanza nacional— envía emisarios al desierto. Esta tensión geográfica tiene resonancias veterotestamentarias, **en el desierto Dios formó a Israel (Éx 16–19), levantó profetas y habló con claridad**. Ahora, nuevamente, la voz de Dios no se oye primero en el templo, sino fuera de los sistemas establecidos.

La pregunta es directa: **Σὺ τίς εἶ;** (*Sù tís eî?*) —“**¿Tú quién eres?**”. No se trata de curiosidad superficial, sino de una exigencia de definición. El liderazgo religioso necesita clasificarlo dentro de las categorías mesiánicas vigentes. En el trasfondo resuenan las promesas del Antiguo Testamento:

- El **Mesías** esperado (Sal 2; Is 11; Dan 9:25).
- El retorno de **Elías** antes del día del Señor (Mal 4:5–6).

- “El profeta” semejante a Moisés (Dt 18:15).

Israel vivía bajo una expectativa escatológica intensa. La opresión romana avivaba el anhelo de liberación. Cualquier figura carismática podía convertirse en catalizador de esperanza nacional.

Sin embargo, el versículo 20 subraya con énfasis la claridad de Juan:

καὶ ὁμολόγησεν καὶ οὐκ ἡρνήσατο, καὶ ὁμολόγησεν

(*kaì hōmológesen kaì ouk ērnēsato, kaì hōmológesen*) —

“Y confesó, y no negó; y confesó”.

El verbo *ὁμολογέω* (*homologéō*) significa “confesar abiertamente”, “reconocer públicamente”. El evangelista repite el término para intensificar la escena. Juan no deja espacio a ambigüedades. Su identidad comienza con una negación categórica:

Ἐγὼ οὐκ εἰμὶ ὁ Χριστός

(*Egō ouk eimì ho Christós*)

— “Yo no soy el Cristo”.

El uso enfático del pronombre *ἐγώ* (*egō*) refuerza el contraste. En el Evangelio de Juan, la fórmula “Yo soy” (*ἐγὼ εἰμι*) tiene profundas implicaciones teológicas, evocando el nombre revelado en Éxodo 3:14 (*ἐγὼ εἰμι ὁ ὢν* en la LXX). Juan el Bautista rehúsa cualquier apropiación indebida de esa centralidad. Su primera afirmación es un acto de humildad teológica.

Aquí emerge una pregunta pastoral inevitable, si alguien nos interrogara —¿quién eres?— ¿qué responderíamos? ¿Nos definimos por nuestro rol, por nuestras capacidades, por nuestras convicciones doctrinales, por nuestro estatus o recursos? Incluso en el ámbito eclesial podemos construir identidades apoyadas en ministerios, reconocimiento o influencia espiritual. Olvidamos que nuestra identidad fundamental no es lo que hacemos para Dios, sino lo que Dios ha hecho por nosotros. Somos adoptados por gracia (cf. Is 43:1; Ro 8:15), no autoerigidos por mérito.

Con frecuencia oscilamos entre dos extremos igualmente dañinos, **actuar como si fuéramos irremediabilmente indignos, o comportarnos como si fuésemos indispensables**. El primero desconoce la eficacia de la redención; el segundo usurpa la gloria que pertenece solo a Cristo. Juan evita ambos errores. No niega su misión, pero tampoco se adjudica un título que no le corresponde.

1.1. Juan confiesa quién no es.

Las preguntas continúan:

- ¿Eres Elías?

- ¿Eres el profeta?

Cada interrogante remite a promesas concretas del Antiguo Testamento. Malaquías anunció que Elías volvería antes del día grande y terrible del Señor (Mal 4:5). Deuteronomio prometió un profeta semejante a Moisés (Dt 18:15). La tradición judía esperaba el cumplimiento literal de estas figuras.

Juan responde con sobriedad:

Οὐκ εἰμι (*Ouk eimí*) —“No soy”.

Y nuevamente: **Οὐ** (*Oú*) —“No”.

No hay explicación extensa, ni matices defensivos. Solo negaciones claras. Resulta teológicamente significativo que el cuarto evangelio presente esta triple negación antes de cualquier afirmación positiva sobre su misión. La identidad correcta delante de Dios comienza por reconocer límites.

Paradójicamente, Jesús mismo afirmará que Juan vino “en el espíritu y poder de Elías” (cf. Mt 11:14; Lc 1:17). Sin embargo, Juan rehúsa apropiarse del título escatológico. No se define por tipologías que puedan inflar expectativas erradas. Su fidelidad consiste en permanecer dentro de la vocación que Dios le ha asignado.

Aquí aprendemos una lección esencial: la fidelidad cristiana implica renunciar a ocupar el lugar que corresponde únicamente al Hijo. El pecado original consistió precisamente en desear “ser como Dios” (Gn 3:5). Toda búsqueda de gloria personal —individual o corporativa— repite esa antigua tentación. La ambición espiritual, disfrazada de celo religioso, puede convertirse en idolatría sutil.

Juan demuestra que la verdadera grandeza radica en la claridad sobre quién no somos. No somos el Cristo. No somos la esperanza última de nadie. No somos la fuente de salvación. Somos testigos, no redentores.

En Adviento, esta confesión adquiere especial relevancia. La preparación del corazón comienza desmantelando toda pretensión mesiánica personal. Solo cuando renunciamos a la autoexaltación podemos señalar con integridad al que viene. La humildad no es negación patológica del valor propio, sino reconocimiento ordenado de nuestra posición delante de Dios.

El desierto, lugar de despojo y purificación en la historia de Israel, se convierte así en escuela de identidad. Allí aprendemos a decir con Juan, con firmeza y libertad: “Yo no soy el Cristo”.

Pregunta escudriñadora:

- ¿Hay áreas de mi vida donde actúo como si yo fuera el centro y no Cristo?
- ¿Busco la aprobación espiritual de otros más que la fidelidad a Dios?

Aplicación práctica:

- Practica esta semana una oración diaria de entrega diciendo: "*Señor, líbrame de ocupar un lugar que no me corresponde; reina tú en mí*". Evalúa tu caminar cotidiano, ¿en tu familia es Cristo el centro, en tu trabajo o al ejecutar tus responsabilidades buscas la gloria de Cristo?, ¿Qué lugar ocupa Cristo en cada rol que ejecutas a diario?

2. Una vocación humilde y clara: "Yo soy la voz" (Jn 1:22–23).

"22 Dijéronle: ¿Pues quién eres? para que demos respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo? 23 Dijo: Yo soy la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo Isaías profeta".

La insistencia de los enviados revela la urgencia institucional: "**¿Qué dices de ti mismo?**" En griego, la pregunta es directa:

Τί λέγεις περὶ σεαυτοῦ;

(*Tí légeis perì seautoû?*) —

"¿Qué afirmas acerca de ti mismo?".

No buscan simplemente información; necesitan una autodefinición oficial que puedan reportar a Jerusalén.

Es entonces cuando Juan, después de haber declarado quién no es, expresa con igual claridad quién es:

Ἐγὼ φωνὴ βοῶντος ἐν τῇ ἐρήμῳ

(*Egō phōnē boōntos en tē erēmō*) —

"Yo soy voz del que clama en el desierto".

Aquí el énfasis es notable. Juan no dice: "**Yo soy la Palabra**" (ὁ λόγος), término que el prólogo del Evangelio reserva exclusivamente para Cristo (Jn 1:1). Él se identifica como *φωνή* (*phōnē*), es decir, sonido articulado, medio audible, instrumento de transmisión. La voz existe para portar un mensaje que la trasciende. Es temporal, mientras que la Palabra es eterna.

La cita procede de Isaías 40:3, texto que inaugura la sección consoladora del profeta: "**Consolad, consolad a mi pueblo**". En su contexto original, el pasaje anuncia el fin del exilio babilónico y la preparación de un camino para el retorno del Señor como Rey libertador. La imagen es la de una calzada real en el desierto, allanada para la visita soberana de Dios. Juan aplica esta promesa al momento

escatológico que vive Israel, **el exilio más profundo no es geográfico, sino espiritual; la liberación definitiva no vendrá por poder político, sino por la intervención redentora de Dios en Cristo.**

El imperativo que cita —**Εὐθύνατε τὴν ὁδὸν Κυρίου** (*Euthýnate tēn hodòn Kyρίου*)— significa “haced recto el camino del Señor”. El verbo *εὐθύνω* (*euthýnō*) implica enderezar, corregir, remover obstáculos. No se trata de mejorar circunstancias externas, sino de preparar el corazón para la irrupción del Señor.

En este punto el Adviento adquiere profundidad teológica. No celebramos una tradición entrañable; proclamamos la venida del Kyrios —título que en la Septuaginta traduce el nombre divino YHWH. Juan identifica a Jesús con el Señor cuyo camino debía ser preparado en Isaías. La expectativa veterotestamentaria converge en la persona del Mesías encarnado.

Por tanto, la vocación cristiana no consiste en exaltar la propia imagen, sino en **hacer visible la gloria de Aquel que vino, viene y vendrá**. No se trata de nosotros; se trata del Padre que nos amó desde la eternidad (Jer 31:3), del Hijo que consumó la redención con obediencia perfecta (Is 53; Fil 2:8), y del Espíritu Santo que aplica esa obra, regenera, preserva y guía (Ez 36:26–27; Tit 3:5).

El desierto al que alude el texto no es solo una referencia geográfica. Representa el ámbito de carencia, confusión y sequedad espiritual. En ese escenario resuena una voz que anuncia al Agua viva (Is 55:1; Jn 4:14), al verdadero maná descendido del cielo (Ex 16; Jn 6:32–35), a la provisión suficiente que libera de la esclavitud del pecado, del mundo y de Satanás (Is 61:1; Col 1:13).

Escuchar a Juan en este cuarto domingo de Adviento implica asumir su misma disposición, **ser voz fiel en medio de una generación que desconoce la fuente de vida.**

2.1. Juan se define por su misión, no por su prestigio.

Resulta significativo que Juan no recurra a títulos honoríficos ni a credenciales espirituales. No apela a su linaje sacerdotal —era hijo de Zacarías (Lc 1:5)— ni a su impacto público. Se describe exclusivamente mediante una cita bíblica. Su identidad está anclada en la Escritura y subordinada al propósito de Dios.

En una época marcada por cuatro siglos de silencio profético —desde Malaquías hasta el surgimiento del Bautista—, Juan podría haberse presentado como el gran restaurador espiritual de Israel. Sin embargo, rehúsa esa narrativa. No magnifica su papel en la historia redentora. Se entiende a sí mismo como instrumento transitorio en el cumplimiento de promesas antiguas.

Aquí emerge un principio fundamental, **la identidad bíblica se recibe como llamado, no se construye como plataforma**. Juan no busca relevancia; busca obediencia. Su grandeza radica en su claridad vocacional.

Esta actitud refleja un patrón recurrente en el Antiguo Testamento. Dios escoge a un pastor para confrontar a Faraón (Ex 3), a un joven pastor para reinar sobre Israel (1 S 16), a un profeta temeroso para derribar y edificar naciones (Jer 1). El Señor se complace en obrar mediante medios débiles para que la gloria le pertenezca exclusivamente a Él (cf. Zac 4:6).

Juan encarna esa misma lógica divina. Es voz pasajera que anuncia la Palabra eterna; es siervo que prepara el camino para el Rey; es testigo que señala al Cordero de Dios. Su ministerio no gira en torno a su figura, sino alrededor del cumplimiento del tiempo (*ó kairós, ho kairós*) establecido por Dios (cf. Mc 1:15).

En Adviento aprendemos que la verdadera preparación no consiste en ocupar espacios de protagonismo religioso, sino en cumplir con precisión el encargo recibido. La Iglesia es llamada a ser voz que proclama, camino que apunta, comunidad que testifica. Nuestra dignidad no reside en el prestigio visible, sino en la fidelidad al Señor que viene.

Dios continúa utilizando instrumentos humildes para realizar su obra gloriosa. Y cuando la voz cumple su cometido, la atención no queda en quien habló, sino en Aquel cuya llegada transforma el desierto en tierra fértil.

Pregunta escudriñadora:

- ¿Entiendo mi vida cristiana como una vocación al servicio del anuncio de Cristo?
- ¿Acepto con gozo servir aun cuando no soy reconocido?

Aplicación práctica:

- Busca una forma sencilla y concreta de servir esta semana (una visita, una llamada, una ayuda silenciosa), sin esperar agradecimiento. Piensa en una persona que sabes se encuentra pasando por una situación difícil, ora por ella, piensa en las posibilidades que tengas de darle alguna ayuda y se la voz de Cristo para ella.

3. Un llamado al arrepentimiento real: el bautismo con agua (Jn 1:24–26).

“24 Y los que habían sido enviados eran de los fariseos. 25 Y le preguntaron, y le dijeron: ¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta? 26 Y

Juan les respondió, diciendo: Yo bautizo con agua; mas en medio de vosotros ha estado a quien vosotros no conocéis.

El evangelista añade un dato significativo, los enviados “**eran de los fariseos**”. Este grupo se distinguía por su celo por la Ley y por la tradición oral. Su influencia religiosa era considerable, y su autoridad moral descansaba en la interpretación rigurosa de la Torá. La pregunta que formulan no es trivial, si Juan no reclama identidad mesiánica ni autoridad profética escatológica, ¿con qué legitimidad administra un rito público de purificación?

El verbo que emplean es **βαπτίζεις** (*baptízeis*), de *βαπτίζω* (*baptízō*), que significa mojar, limpiar o purificar con agua. En el Antiguo Testamento y en la práctica judía del Segundo Templo existían abluciones rituales (cf. Lv 14–15; Nm 19), así como los baños purificatorios (*mikva’ot*). Sin embargo, el bautismo de Juan posee un carácter singular, **no es repetitivo ni simplemente ceremonial, sino un acto único vinculado al arrepentimiento ante la inminente intervención divina (cf. Is 1:16–18; Ez 36:25–27).**

La inquietud farisea puede leerse en varios niveles. ¿Discernían que el pueblo debía prepararse espiritualmente para la llegada del Mesías? ¿O percibían en Juan una amenaza a su liderazgo religioso, al ver multitudes que acudían al Jordán en lugar de a sus círculos de enseñanza? El texto no explicita sus motivaciones, pero la reacción posterior de muchos de ellos en los Evangelios sugiere una resistencia interior.

Juan responde con sobriedad:

Ἐγὼ βαπτίζω ἐν ὕδατι (*Egō baptízō en hýdati*) —“Yo bautizo en agua”.

El uso del pronombre *ἐγώ* (*egō*) vuelve a establecer contraste. Su ministerio es real, pero limitado. El agua, en la Escritura, simboliza tanto juicio como purificación. En el diluvio (Gn 6–9) el agua señala el juicio divino y la preservación de un remanente; en el éxodo, el paso por el Mar Rojo implica liberación mediante aguas que separan esclavitud y libertad (Ex 14). Los profetas emplean la imagen del agua limpia para describir la obra renovadora de Dios (Ez 36:25). El bautismo de Juan se sitúa en esa línea profética, **llama a Israel a reconocerse necesitado de limpieza interior ante la cercanía del Reino.**

La pregunta pastoral nace con fuerza, **¿cuándo es el mejor momento para arrepentirse? La respuesta bíblica es siempre inmediata.** El término griego para arrepentimiento, aunque no aparece explícitamente en este pasaje, es *μετάνοια* (*metánoia*), que implica cambio de mente, reorientación del corazón y transformación de la vida. No se trata de un acto puntual desligado de la existencia diaria, sino de una disposición permanente delante de Dios. El salmista lo expresa

con claridad: “Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” (Sal 51:17).

El problema no radica en la falta de información religiosa, sino en la ausencia de conciencia de pecado. Si los fariseos hubieran comprendido el espíritu de la Ley — que apunta a la santidad de Dios y a la incapacidad humana— no habrían cuestionado la necesidad de arrepentimiento. La Escritura entera prepara el terreno para un pueblo que clama por misericordia (Is 55:6–7; Os 14:1). Sin embargo, quien se considera justo en sí mismo no percibe urgencia de purificación.

Adviento, por tanto, no es un tiempo de simple expectativa estética, sino de examen espiritual. El Rey viene; el corazón debe ser preparado.

3.1. El bautismo como señal de preparación

El bautismo de Juan no constituye la realidad final, sino un signo que anticipa algo mayor. Es símbolo visible de una disposición invisible. El agua no produce por sí misma la regeneración; señala la necesidad de limpieza y apunta hacia Aquel que bautizará con el Espíritu Santo (cf. Jn 1:33).

La declaración que sigue es decisiva:

μέσος ὑμῶν ἔσθηκεν ὃν ὑμεῖς οὐκ οἴδατε
(*mésos hymōn héstēken hon hymeis ouk oídate*) —

“En medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis”.

El verbo **ἔσθηκεν** (*héstēken*) es perfecto de ἵστημι (*hístēmi*), y expresa una presencia establecida y permanente. No indica algo pasajero, sino alguien que ya ha tomado posición en medio del pueblo. La tragedia no es su ausencia, sino el desconocimiento: **οὐκ οἴδατε** (*ouk oídate*), “no conocéis”. El verbo οἶδα (*oída*) implica conocimiento pleno, reconocimiento verdadero.

Aquí se revela una tensión profundamente bíblica. El Señor puede estar cercano y, sin embargo, no ser discernido. Isaías anunció: “Verdaderamente tú eres Dios que te encubres” (Is 45:15). Malaquías declaró que el Señor vendría súbitamente a su templo (Mal 3:1). La presencia divina no siempre es percibida por quienes presumen familiaridad religiosa.

La vida cristiana no consiste únicamente en información doctrinal acerca de Cristo, sino en comunión real con Él. Conocerlo implica fe viva, amor obediente y dependencia continua. Jesús mismo afirmó, **“Ya no os llamaré siervos... os he llamado amigos”** (Jn 15:15). Esa amistad no es sentimentalismo, sino relación restaurada por la gracia.

Adviento nos confronta con esta posibilidad, **Cristo puede estar “en medio” de la comunidad visible y, aun así, no ser reconocido en profundidad.** El llamado es doble, arrepentimiento sincero y conocimiento personal del Señor. No basta con participar en ritos; es necesario un corazón transformado.

El bautismo de Juan preparaba el terreno; la obra de Cristo inaugura la nueva creación. Por eso el desierto se convierte en lugar de decisión. Allí se oye la voz que invita a descender a las aguas como acto de confesión, para levantar la mirada hacia el Cordero que quita el pecado del mundo.

Pregunta escudriñadora:

- ¿He permitido que la rutina religiosa me vuelva insensible a la presencia viva de Cristo?
- ¿Hay pecados no confesados que obstaculizan mi comunión con Él?

Aplicación práctica:

- Dedicar un tiempo esta semana para un examen de conciencia a la luz de los Diez Mandamientos y confesar tus pecados delante del Señor. Pídele al Espíritu Santo que te ilumine, que te redarguya de pecado, de justicia y de juicio, al tiempo que le pides la templanza y el dominio propio que necesitas para crecer en obediencia a su Santa Ley.

4. La suprema dignidad de Cristo: “No soy digno de desatar la correa de su calzado” (Jn 1:27–28).

“27 Este es el que ha de venir tras mí, el cual es antes de mí; del cual yo no soy digno de desatar la correa del zapato. 28 Estas cosas acontecieron en Betábara, al otro lado del Jordán, donde Juan bautizaba”.

Después de afirmar que en medio del pueblo ya está presente aquel a quien no conocen, Juan culmina su testimonio con una declaración que eleva la mirada hacia la majestad incomparable de Cristo. Dice el texto griego:

ὁ ὀπίσω μου ἐρχόμενος
(*ho opísō mou erchómenos*) —
“el que viene detrás de mí”.

La expresión indica secuencia histórica: Jesús aparece públicamente después de Juan. Sin embargo, el Bautista añade una afirmación que rompe toda lógica meramente cronológica:

ἔμπροσθέν μου γέγονεν (cf. Jn 1:15, 30) —

(*émprosthen mou gégonen*) — “el cual es antes de mí”.

El verbo *γέγονεν* (*gégonen*, perfecto de *γίνομαι*) expresa una realidad establecida: Aquel que viene después en el tiempo posee precedencia absoluta en dignidad y existencia. Juan reconoce, implícitamente, la preexistencia del Verbo eterno proclamado en el prólogo del Evangelio (Jn 1:1–3).

Y entonces declara:

οὐ εἰμὶ ἄξιος
(*hou ouk eimi áxios*) —
“de quien no soy digno”.

El término *ἄξιος* (*áxios*) significa merecedor, competente, suficiente. Juan no se considera apto siquiera para realizar la tarea más humilde:

ἵνα λύσω αὐτοῦ τὸν ἱμάντα τοῦ ὑποδήματος
(*hína lýsō autoû tòn himánta tou hypodēmatos*) —
“desatar la correa de su sandalia”.

Desatar el calzado era labor reservada al siervo de menor rango. Según la tradición judía, ni siquiera un discípulo debía cumplir esa función respecto a su maestro. Juan, el profeta esperado tras siglos de silencio, se coloca por debajo del más humilde servidor en comparación con Cristo. No se trata de retórica exagerada; es teología encarnada en humildad.

El escenario geográfico no es accidental. Estas cosas sucedieron “al otro lado del Jordán”. El Jordán evoca el ingreso de Israel en la tierra prometida (Jos 3–4). Allí el pueblo cruzó las aguas bajo la guía de Josué (*יְהוֹשֻׁעַ*, *Yehoshúa*), cuyo nombre significa “YHWH salva”. Ahora, en ese mismo entorno, aparece Jesús (*Ἰησοῦς*, *Iēsoûs*), forma griega del mismo nombre, inaugurando un nuevo y definitivo ingreso: no a una tierra terrenal, sino al cumplimiento pleno de las promesas redentoras.

San Agustín afirmó: “La soberbia no es grandeza sino hinchazón; y lo que está hinchado parece grande pero no está sano”. La imagen describe con precisión la condición del orgullo religioso. Los fariseos, convencidos de su exactitud legal, suponían que su rigor los hacía justos. No percibían que la observancia externa sin quebrantamiento interior produce una apariencia inflada, pero espiritualmente enferma (cf. Is 29:13).

El cuarto domingo de Adviento nos confronta con la misma tentación. Podemos conocer las formas, dominar el lenguaje doctrinal y participar en prácticas religiosas, pero permanecer ajenos a la verdadera humildad que brota del reconocimiento de

la santidad de Cristo. Juan, en cambio, ve la gloria del que viene y se ubica correctamente en la presencia de Él.

4.1. La verdadera humildad nace de una alta cristología

La actitud de Juan no es falsa modestia ni estrategia pedagógica. Es la consecuencia inevitable de una visión elevada de Cristo. Cuanto más clara es nuestra comprensión de quién es el Señor, más profunda es nuestra reverencia.

Adviento proclama que el Niño anunciado no es simplemente un maestro moral ni un reformador espiritual. Es el cumplimiento integral de la revelación veterotestamentaria.

- Es **el Profeta** prometido en Deuteronomio 18:15, aquel a quien el pueblo debía oír. No comunica solo palabras de Dios; es la Palabra hecha carne.
- Es **el Sumo Sacerdote perfecto**, anticipado en el orden de Melquisedec (Sal 110:4), quien no ofrece sacrificios por sus propios pecados, sino que se ofrece a sí mismo como sacrificio definitivo (cf. Is 53).
- Es **el Rey davídico**, heredero del trono eterno prometido en 2 Samuel 7:12–16, cuyo reino no tendrá fin (Is 9:6–7).

La confesión apostólica posterior lo expresará con claridad, **“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”** (Mt 16:16). El término *Χριστός* (*Christós*) traduce el hebreo *Mashíaj*, el Ungido esperado. En Él convergen las tres funciones del Antiguo Testamento: profeta, sacerdote y rey.

Cuando esta verdad gobierna el corazón, la soberbia pierde fundamento. La humildad cristiana no consiste en despreciar los dones recibidos, sino en reconocer que todo procede de la gracia y que toda gloria pertenece al Señor. Juan puede disminuir porque sabe quién es aquel que debe crecer (Jn 3:30).

En Adviento contemplamos una paradoja sublime, **el Señor de gloria viene en forma de siervo (cf. Is 52:13–53:12; Fil 2:6–8)**. La majestad se reviste de humildad sin perder su esencia divina. Ante esa revelación, la única respuesta coherente es la adoración reverente y el arrepentimiento sincero.

Si nuestra cristología es superficial, nuestra humildad será frágil. Pero si contemplamos al Verbo eterno, al Cordero prometido desde la fundación del mundo (Gn 22; Ap 13:8), comprenderemos que no somos el centro de la historia redentora. Somos testigos de una gracia que nos precede, nos sostiene y nos conduce.

Así, el cuarto domingo de Adviento nos invita a ocupar nuestro lugar correcto, **no en el trono, sino a los pies del Rey; no reclamando dignidad propia, sino celebrando la dignidad suprema de Cristo.**

Pregunta escudriñadora:

- ¿Tengo una visión elevada de Cristo que transforme mi adoración y obediencia?
- ¿Mi vida refleja reverencia, asombro y gratitud por la obra del Señor?

Aplicación práctica:

- Lee cada día un pasaje evangélico sobre la persona de Cristo y termina con una breve doxología de alabanza. Fortalece y amplía tu cristología de acuerdo a los evangelios en relación con el Antiguo y el resto del Nuevo Testamento. Escribe en un diario la verdad revelada que descubras cada día.

Conclusión:

El Cuarto Domingo de Adviento nos sitúa ante una escena decisiva: **una voz que clama en el desierto, un pueblo confrontado con su necesidad y un Mesías ya presente, aunque no reconocido.** Juan el Bautista no ocupa el centro; lo señala. No retiene la atención; la dirige. No construye su propia gloria; prepara el camino para Otro.

A lo largo de este Evangelio hemos contemplado cuatro movimientos espirituales que también deben darse en nosotros: **identidad correctamente entendida, arrepentimiento sincero, reconocimiento de la presencia de Cristo y humilde confesión de su dignidad suprema.** Juan sabe quién no es; por eso puede anunciar con claridad quién es Jesús. Se reconoce indigno; por eso exalta la gloria del que viene. Se sitúa en el Jordán, frontera de promesas cumplidas; por eso proclama el inicio de una nueva y definitiva obra de salvación.

Adviento nos pregunta: ¿hemos reconocido al que está en medio de nosotros? ¿Hemos descendido a las aguas del arrepentimiento interior? ¿Hemos abandonado la hinchazón del orgullo religioso para abrazar la humildad que nace de contemplar al Verbo eterno hecho carne?

No celebramos simplemente un recuerdo histórico. Nos preparamos para recibir al Rey. El desierto no es solo un lugar geográfico; es la imagen del corazón que necesita ser allanado, purificado y dispuesto. Preparar el camino implica enderezar lo torcido, derribar lo soberbio, elevar lo abatido (cf. Is 40:3–5). Implica permitir que la luz verdadera ilumine nuestras zonas de sombra y que la gracia transforme nuestras resistencias más profundas.

La Navidad que se aproxima no es una estética piadosa, sino el misterio de la Encarnación: **el Hijo eterno que asume nuestra carne para redimirla.** El que

Juan anunció como infinitamente superior es el mismo que vendrá en humildad, recostado en un pesebre, sin dejar de ser el Señor de gloria. Ante tal misterio solo cabe la adoración reverente, el asombro agradecido y la fe obediente.

Escuchemos, entonces, la voz que clama también hoy en nuestro desierto. Que no se pierda entre el ruido de nuestras seguridades. Que nos conduzca a una fe descentrada de nosotros mismos y centrada en Cristo; a un arrepentimiento profundo que no sea emoción pasajera, sino transformación real; a una humildad que brota de una visión elevada de su persona; y a una esperanza firme mientras aguardamos su manifestación plena.

Al acercarnos a la Navidad, que no solo afirmemos que Cristo vino, sino que vivamos como quienes han preparado el camino para que Él reine en lo más íntimo del corazón, en nuestras decisiones, en nuestras relaciones y en nuestra vocación.

Que esta sea nuestra oración y nuestra resolución:

“Es necesario que Él crezca, y que yo disminuya” (Juan 3:30).

Amén.

PREPARANDO NUESTROS CORAZONES EN ADVIENTO PARA CELEBRAR LA ENCARNACIÓN DEL UNIGÉNITO HIJO DE DIOS

La estación de Adviento no es simplemente un prelude litúrgico a la Navidad ni un conteo regresivo marcado por la expectativa cultural o el ritmo del calendario; es, ante todo, un **tiempo santo de preparación interior**, un espacio espiritual en el que la Iglesia es llamada a detenerse, a velar y a examinar su propio corazón. En este tiempo, el pueblo de Dios es invitado a disponerse reverentemente para contemplar, con asombro renovado y fe profunda, el misterio central de la fe cristiana, "*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros*" (Jn 1:14). La encarnación del Hijo eterno no es un acontecimiento que se recibe con ligereza, sino un misterio que exige silencio, arrepentimiento y adoración, pues en ella Dios se acerca a la humanidad no desde la distancia del poder, sino desde la cercanía de nuestra propia carne.

Dentro de la tradición anglicana, Adviento ha sido entendido como una **escuela espiritual** que forma al creyente en la espera vigilante, en la conversión sincera y en la esperanza escatológica. La mirada de la Iglesia no se dirige únicamente hacia el pesebre de Belén, donde el Hijo de Dios se manifestó en humildad, sino también hacia la venida gloriosa del mismo Señor que regresará como Rey y Juez de toda la creación. Esta doble orientación —memoria y esperanza— da a Adviento su carácter sobrio y gozoso a la vez. Como enseña el *Libro de Oración Común*, durante esta estación la Iglesia ora para que Dios nos conceda "*gracia para desechar las obras de las tinieblas y vestirnos las armas de la luz*" (Colecta del Primer Domingo de Adviento), recordándonos que la preparación para celebrar la encarnación no puede separarse de una vida transformada por la gracia. Así, Adviento nos llama a una fe activa y arrepentida, a una espera que purifica el corazón y a una esperanza que se arraiga no en nuestras circunstancias, sino en la fidelidad del Dios que ha venido, viene y vendrá en Jesucristo.

Adviento: memoria, presencia y esperanza

Desde los primeros siglos, la Iglesia ha comprendido que el misterio de la encarnación no puede ser recibido de manera superficial ni reducido a un acontecimiento simplemente histórico. La venida del Hijo de Dios en la carne toca el corazón mismo del designio salvífico de Dios para la humanidad. San Ireneo de Lyon lo expresó con claridad luminosa al afirmar que "*el Hijo de Dios se hizo Hijo del Hombre, para que el hombre, unido al Verbo, pudiera llegar a ser hijo de Dios*" (*Adversus Haereses*, III.19.1). Esta afirmación patristica subraya que la encarnación no es solo un gesto de cercanía divina, sino el inicio de la **recapitulación** de todas las cosas en Cristo, **la restauración de la imagen divina en el ser humano, herida por el pecado, y la apertura de un camino de comunión real con Dios**. En Adviento, la Iglesia vuelve a este misterio no como quien repite una fórmula

conocida, sino como quien se dispone a ser nuevamente transformado por la gracia que desciende del cielo y asume nuestra condición.

Así entendido, Adviento nos sitúa en una **triple orientación espiritual** que estructura la vida cristiana. En primer lugar, recordamos con gratitud y reverencia la primera venida de Cristo en humildad, cuando el Verbo eterno asumió nuestra carne en el seno de la Bienaventurada Virgen María. En segundo lugar, discernimos su presencia viva y eficaz en el hoy de la Iglesia, especialmente en la proclamación fiel de la Palabra y en la administración de los Sacramentos, por medio de los cuales Cristo sigue saliendo al encuentro de su pueblo. Finalmente, aguardamos con esperanza vigilante su retorno glorioso, cuando aquel que vino como Siervo volverá como Señor de la historia. San Agustín expresa esta tensión santa con fuerza pastoral cuando exhorta, *"Despierta, hombre: por ti Dios se ha hecho hombre... Levántate, tú que duermes, y Cristo te iluminará"* (Sermón 185). Preparar el corazón en Adviento implica, por tanto, despertar del letargo espiritual, abandonar la complacencia y permitir que la luz de Cristo penetre nuestras sombras, ordene nuestros afectos y renueve nuestra esperanza. En esta espera activa y reverente, la Iglesia aprende nuevamente a vivir entre el ya y el todavía no, sostenida por la certeza de que el Señor que vino permanece con nosotros y vendrá otra vez para consumir su obra redentora.

La encarnación del Unigénito: humildad que salva

Celebrar la encarnación del Unigénito Hijo de Dios nos confronta con la lógica profundamente paradójica del Evangelio, una lógica que subvierte las categorías del poder humano y revela la sabiduría salvífica de Dios. El eterno *Logos*, consustancial con el Padre y coeterno con Él, no se aferra a su gloria, sino que asume plenamente nuestra carne, entrando en la historia sin dejar de ser verdadero Dios. En este acto libre y amoroso, el Verbo eterno abraza la fragilidad humana para sanarla desde dentro. San Atanasio, incansable defensor de la fe nicena frente al arrianismo, expresó este misterio con precisión teológica y ardor pastoral al afirmar, *"Él se hizo hombre para que nosotros fuésemos hechos dioses"* (De Incarnatione Verbi, 54). Esta afirmación, lejos de sugerir una divinización ontológica, apunta a una participación real y transformadora en la vida divina, otorgada por gracia y recibida en adopción filial, conforme al designio eterno del Padre.

La tradición anglicana ha custodiado esta verdad con sobriedad doctrinal y profunda reverencia, evitando tanto la trivialización sentimental de la Navidad como las especulaciones teológicas que desdibujan el misterio. Richard Hooker, una de las voces más lúcidas del anglicanismo clásico, afirmaba que en la encarnación *"no se destruye lo humano ni se diluye lo divino, sino que ambos son unidos sin confusión"* (Laws of Ecclesiastical Polity, V.54), haciendo eco fiel de la definición cristológica del Concilio de Calcedonia (451). En Cristo, la humanidad es asumida sin ser anulada, y la divinidad se comunica sin ser disminuida, de modo que la salvación no acontece

por el ascenso del hombre hacia Dios, sino por el descenso misericordioso de Dios hacia el hombre. Adviento, por tanto, nos invita a contemplar este misterio con temor reverente y gratitud humilde, reconociendo que nuestra redención tiene su origen no en la capacidad humana, sino en la condescendencia amorosa del Dios que se hace carne para reconciliarnos consigo mismo y conducirnos a la plenitud de la vida en Él.

Preparar el corazón: arrepentimiento, fe y esperanza viva

Juan el Bautista, figura central y profética del tiempo de Adviento, no es enviado a allanar caminos exteriores ni a promover una reforma simplemente moral, sino a preparar los corazones para la venida del Señor. Su llamado incisivo al arrepentimiento —“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mt 3:2)— resuena como una exhortación permanente para la Iglesia en toda generación. En la tradición anglicana, el arrepentimiento no se reduce a una emoción momentánea ni a un sentimiento de culpa pasajero, sino que implica una *metanoia* profunda: **una reorientación integral de la mente, del corazón y de la vida hacia Dios**. Esta conversión es sostenida y nutrida por los medios ordinarios de la gracia, la confesión sincera, la absolución proclamada en nombre de Cristo y una obediencia renovada que brota de la fe. Thomas Cranmer, en la *Exhortation to Repentance*, subraya que el verdadero arrepentimiento jamás permanece estéril, sino que conduce a una fe viva y operante, evidenciada en frutos visibles de santidad, justicia y amor al prójimo.

Preparar el corazón en Adviento implica, además, aprender a esperar sin caer en la desesperación ni en la impaciencia. No se trata de una espera pasiva o resignada, sino de una vigilancia activa y confiada, sostenida por la promesa fiel de Dios. La esperanza cristiana no nace del cálculo humano ni de la previsibilidad de los acontecimientos, sino de la certeza de que Dios actúa en su tiempo perfecto. San Gregorio Magno expresó esta verdad con fina sensibilidad pastoral de la siguiente forma, “*La fe es tanto más probada cuanto más tarda en cumplirse lo que espera*” (*Homilías sobre los Evangelios*, I.1). En un mundo marcado por la prisa, la inmediatez y la ansiedad por resultados, Adviento educa al alma en el ritmo de Dios, enseñándonos a esperar con perseverancia, humildad y confianza, sabiendo que la demora aparente nunca es ausencia, sino pedagogía divina.

Conclusión: recibir al Rey que viene

Preparar nuestros corazones en Adviento es, en última instancia, un acto de adoración humilde, consciente y obediente. No moldeamos a Cristo según nuestras preferencias culturales ni lo reducimos a un consuelo religioso adaptado a nuestras urgencias; más bien, nos disponemos a recibir con fe reverente al Cristo que el Padre ha enviado conforme a su eterno designio. Él es el Unigénito del Padre, “Dios verdadero de Dios verdadero”, que por nosotros y por nuestra salvación descendió

del cielo; nació de la Virgen María, asumió nuestra naturaleza sin pecado, cargó con nuestras transgresiones en la cruz, fue resucitado para nuestra justificación, ascendió en gloria y ahora reina a la diestra del Padre, desde donde vendrá a juzgar a vivos y muertos.

Recibir al Rey que viene implica reconocer su señorío presente y su futura manifestación gloriosa. Adviento no solo nos conduce al pesebre, sino también al trono; no solo nos invita a contemplar la humildad del Niño, sino a confesar la majestad del Señor. Por ello, la liturgia anglicana proclama con sobria y robusta claridad el centro inmutable de nuestra fe, **“Cristo ha muerto, Cristo ha resucitado, Cristo volverá”**. Esta aclamación no es una fórmula repetida por costumbre, sino el resumen vivo del evangelio que sostiene a la Iglesia en medio del tiempo, **memoria agradecida de la obra consumada, comunión real con el Señor resucitado y esperanza firme en su retorno.**

Así, la preparación del corazón no consiste en una emoción pasajera propia de una temporada religiosa, sino en una renovación profunda de nuestra fe, nuestra obediencia y nuestro amor. Recibir al Rey que viene significa someter nuestras prioridades a su voluntad, ordenar nuestros afectos conforme a su verdad y perseverar en la esperanza aun cuando el cumplimiento final parezca demorar. Significa también abrirle las puertas del alma con la oración de la Iglesia antigua, *Veni, Domine Iesu* —“Ven, Señor Jesús”—, sabiendo que quien clama así ya ha sido visitado por la gracia.

Que en esta santa estación el Espíritu Santo avive en nosotros un corazón vigilante, dócil a la Palabra y fortalecido por los Sacramentos; un corazón que confiese sus pecados con sinceridad, que abrace la absolución con gratitud y que espere la gloria con confianza serena. Y que, al celebrar la encarnación del Hijo eterno, podamos proclamar con gozo renovado que Dios no ha permanecido distante, sino que ha venido a nosotros para hacernos su pueblo y conducirnos a su Reino eterno.

Nuestra espera no es ilusoria ni estéril, porque descansa en la fidelidad de aquel que no cambia ni miente. Por eso, la exhortación apostólica resuena con especial fuerza en Adviento, **“Mantengamos firme, sin fluctuar, la confesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió”** (Heb 10:23). En esa fidelidad descansa nuestra paz, se afirma nuestra adoración y se fortalece nuestra perseverancia hasta el día en que la fe se transforme en visión y recibamos, con gozo consumado, al Rey que viene.

Bibliografía:

Agustín de Hipona. (1994). *Sermones* (Vol. III). Biblioteca de Autores Cristianos. (Trabajo original escrito ca. siglos IV–V).

Atanasio de Alejandría. (2011). *Sobre la encarnación del Verbo* (De Incarnatione Verbi). Ciudad Nueva. (Trabajo original escrito ca. 318 d. C.).

Book of Common Prayer. (1662/2019). *The Book of Common Prayer and Administration of the Sacraments*. Cambridge University Press.

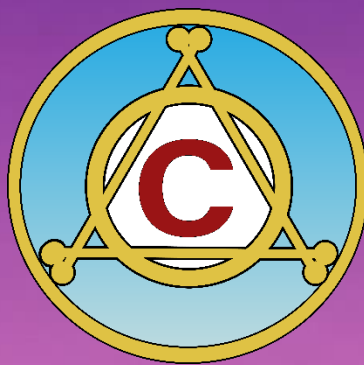
Cranmer, T. (1846). *Certain sermons or homilies appointed to be read in churches*. Parker Society. (Especialmente: *An exhortation against the fear of death y Exhortation to repentance*).

Gregorio Magno. (1999). *Homilías sobre los Evangelios*. Biblioteca de Patrística. (Trabajo original escrito ca. siglos VI–VII).

Hooker, R. (1977). *Of the Laws of Ecclesiastical Polity* (Libro V). Everyman's Library. (Trabajo original publicado 1597).

Ireneo de Lyon. (1997). *Contra las herejías* (Adversus Haereses). Biblioteca de Autores Cristianos. (Trabajo original escrito ca. 180 d. C.).

Noll, M. A. (2006). *The theology of John Calvin*. Westminster John Knox Press.



*La noche está avanzada, y se acerca el día.
Desechemos, pues, las obras de las tinieblas,
y vistámonos las armas de la luz.*

Romanos 13:12